

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.— Nú-
mero suelto, 10 céntimos.— Atrasado, 25.— Co-
rresponsales, 25 números, 1,50 pesetas.

LA CONCENTRACION DEMOCRATICA

PREÁMBULO

Declaro antes de entrar en materia, que aplaudo siempre todo lo que pueda contribuir a sumar fuerzas para restaurar la República, sin tener en cuenta que sean éstas o aquellas personas quienes lo intenten; aun cuando tampoco deje de fijarme en su conducta anterior, para darle más o menos importancia a sus propósitos.

Y dicho esto, me permito preguntar: ¿Responde la llamada Concentración democrática a lo que debe esperarse de un organismo en que sólo hay republicanos?

PRIMERA DUDA

¿Por qué se llama así? Si tiene por objeto traer la República, ¿a qué no titularla Concentración republicana a secas?

El temor a que este nombre hubiese reído de formar parte de ella a los demócratas monárquicos, no justifica tal resolución. Mientras tengan esperanzas de seguir explotando la monarquía, ninguno de ellos pensará en la República; y el día que la pierdan, tendrán forzosamente que sumarse con los republicanos sin reparar en calificativos.

Ahora, si la Concentración piensa ayudar en una forma o en otra a los monárquicos, en circunstancias dadas y en determinadas condiciones, hay que convenir en que el nombre y el apellido están bien puestos.

DOCUMENTO

El que la Concentración ha lanzado a El País, está bien hecho en la parte crítica de la obra de la restauración.

En lo que no han pensado los que lo firman, es en lo mal parada que dejan la memoria de Castelar.

Si él apoyó, elogió y defendió a los gobiernos de la restauración que tan nefasta obra realizaron ¡no le alcanza responsabilidad gravísima!

Y si se opuso constantemente a toda inteligencia con los republicanos para derribar la monarquía que, según él, respondía mejor que la República a las necesidades de España en el presente momento histórico, ¿cómo ellos tratan ahora de recabar aquella inteligencia?

Por esta parte no cumplen como buenos albañes la voluntad del finado, quien, como es sabido, hasta se negó poco antes de su muerte a recibir en su casa a ciertos republicanos, con los que nunca, dijo, se entendería.

Y no es que me parezca mal lo que ellos hacen ahora; es sencillamente fijar bien los términos de la cuestión.

¿A DÓNDE VA?

¿Qué objeto tiene la Concentración? Si no es el de formar un núcleo de fuerzas que pueda, si la monarquía transige con la democracia, ayudar a la monarquía, ignora cuál pueda ser.

Que su objeto no es el de trabajar exclusivamente por la venida de la República, esto lo prueba.

Existe un organismo, la Fusión republicana, donde caben todos los que quieran contribuir a la variación del régimen, y donde, para ingresar, a nadie se le exigen abdicaciones de principios.

Lo más sencillo para todos los que desean traer la República es, en vez de formar una agrupación nueva, reforzar la que ya existe.

Pero en vez de esto, se separaron de ella los principales individuos que figuran en la Concentración democrática, quitándole así fuerza y autoridad, y ahora tratan de unirse con los mismos de quienes se separaron.

¿Que los hombres encargados de ensanchar las esferas de la fusión no han respondido a la confianza depositada en ellos? En esto tienen razón los concentrados. Pero no había otro medio de remediarlo que el de formar una agrupación nueva?

Digan que se separaron de la fusión por antagonismos personales, si no prefieren confesar noblemente que lo hicieron por irse poco a poco preparando para pasarse a la monarquía, si el interés de la patria, que es el primero de todos para ellos, lo reclamase un día.

PRUEBAS

¿En qué me fundo para suponer esto? En esto otro:

«Patria, derecho, estado, forma de gobierno», dice la Concentración democrática por boca de Sol y Ortega.

«Patria, derecho, estado, monarquía» dice la Concentración nacional por boca de López Domínguez.

Pues bien; ambos, el militar y el paisano, ó no quieren decir nada, ó dicen una tontería.

Si Sol cree que en la República está la salvación de la patria, lo primero que debe procurar, a toda costa, y por todos los medios, es traerla. Debe anteponerla a la patria, porque ésta perecerá si no viene aquella.

Y lo mismo le digo a López Domínguez:

lo primero para él debe ser la monarquía. Esa hoja de parra que ambos se ponen para tapar las vergüenzas de una probable apostasía patriótica, a nadie engaña ya.

Sean francos y hablen claro. Diga López Domínguez: «Lo que hago, es ponerme en condiciones de ingresar en la República, si viene.»

Y diga Sol y Ortega: «Lo que hago, es capacitarme para ingresar en la monarquía, si continúa.»

O expliquen cómo, para salvar la patria dentro del régimen que cada cual prefiere, puede ser el régimen, para ninguno de ellos, lo de menos importancia.

SERIEDAD QUE HACE REIR

La Concentración aspira (no sé si antes o después de un ensayo de monarquía democrática) a una República seria, y comienza haciéndonos reír; porque sólo a risa provoca la seriedad con que afirma que viene a realizar la última voluntad de Castelar.

Había él de haber vivido, y probablemente no hubieran bastado para realizarla ni su tendencia ultraconservadora, ni su antigua fama de orador, ni el prestigio de su nombre en el extranjero, ni su influencia con el elemento reaccionario. El nombre de Castelar pudo haber servido de garantía a los elementos conservadores de España; la actitud que guardó durante los últimos 25 años de su vida lo abonaba. Mas ¿qué significan para esos elementos los nombres de los señores que se han encargado de llevar a cabo su última voluntad? Habían de ser más reaccionarios que él, y no les inspirarían confianza.

Pero esto a un lado ¿qué le llaman una república seria? ¿A una que conserve todos los organismos actuales, con alguna ligera modificación, que conserve los privilegios a las clases conservadoras, que no acometa desde luego con mano firme las radicales reformas que el estado del país reclama, una República, en fin, como la que Castelar deseaba? Pues esa República sería, caería a los tres meses entre las carcajadas de los mismos reaccionarios, que dieran, y con razón: «¡Fuera! Para esto, bastamos nosotros.»

PROGRAMA

Dice la Concentración, que tiene esbozado uno, pero que no lo hará público «interín no haya sido contrastado por todas las fracciones republicanas y recibido la adhesión de todas las fuerzas vivas de España».

Pues si hasta que no ocurra todo eso va a estar embotellado el programa, perdamos la esperanza de verlo. Porque esto no puede ni debe ser. Y no será.

Lo que no veo es el inconveniente que pueda haber tenido para no lanzar el programa desde luego. ¿Es que aguarda la negativa de las fracciones republicanas, para determinar la Concentración su verdadera y hasta hoy nebulosa actitud? ¿O es que teme que se le diga que después de tanto negar que trataba de crear un nuevo partido, es a eso a lo que va realmente?

LOGICA

La forma de gobierno es lo de menos para la Concentración democrática.

Luego si mañana la monarquía se inclinase a la democracia, por comprender que podía así alargar su existencia, la Concentración, so pena de contradecirse, tendría que apoyar a la monarquía. Y esto sería lo lógico.

Supongamos que un día forman los monárquicos la Coalición nacional, que la monarquía llama al gobierno a los hombres que la representan, y que estos piden apoyo a los de la Concentración democrática.

¿Pueden negárselo? No. ¿En nombre de qué?

PERDER EL TIEMPO

Realmente no acaba de comprenderse bien lo que desea la Concentración. La vaguedad del documento indica que no quiere cerrarse ninguna puerta. Lo único que deja entrever es que el término de sus aspiraciones es una República en que todo se resuelva con medida y compás, aunque para ella tenga que pasarse por una monarquía democrática.

Pero voy a suponer que efectivamente no piensa la Concentración ayudar a la monarquía, ni desde el poder, ni desde fuera, y que todos sus esfuerzos y trabajos los encamine a traer la República. ¿Y qué?

La República que ella quiere, sólo serviría para agravar los males que España sufre, sin proporcionarle bien alguno.

Esa República de derechos adquiridos y de intereses creados, respetuosa con muchas cosas que deben destruirse, reformista a paso de tortuga cuando aquí se necesita reformar a paso de chispa eléctrica, esa República sólo sería la antesala del carlismo. Pudo ser posible hace un par de años, antes de las últimas catástrofes. Hoy no.

RESUMEN

Para mí, de todo lo dicho se desprende que la Concentración es únicamente una fracción más, donde ciertos desechos han encontrado desquite, ciertas impaciencias acomodo y determinadas ambiciones satisfacción. Colocada en la frontera de la monarquía y de la República, lo mismo puede inclinarse a aquella si al verse perdida se democratiza, que servir a ésta si las circunstancias la traen. Desde el momento que ha relegado a último término la cuestión de forma de gobierno, esa Concentración no debe contar con el apoyo de los republicanos que la colocan en el primero, y se verá forzosamente impelida a confundirse con el partido más avanzado de la monarquía, que bien pudiera

ser la proyectada Concentración nacional. Haga su camino, mas no pretenda representar a los republicanos que ni en hipótesis admitimos la posibilidad de servir a la monarquía. ¿Qué serviría? Ni apoyarla siquiera.

José NAKENS

SANTIFICAR LAS FIESTAS

La señora condesa del Abono fué célebre, en sus tiempos, por hermosa y es en la actualidad la más piadosa de todas las señoras de buen tono.

Su devoción es tanta, que emplea su influencia omnipotente en la tarea santa de llevar a la gloria mucha gente; y siguiendo esta norma con el tesón de un padre misionero, procura introducir una reforma que le cuesta disgustos... y dinero.

Dos docenas de damas elegantes, bajo su dirección, llevan a cabo trabajos incansables redimiendo al obrero, al pobre esclavo que, por causa de un amo descreído, en su interés moral se perjudica porque no santifica las fiestas de guardar como es debido.

Es el bello ideal de estas señoras un domingo sin obras ni jornales, en que nadie trabaje ni dos horas, como cumple a católicos formales.

Bien sabe la condesa que es muy difícil rematar la empresa; pero sabe también que poco a poco puede volverse cuerdo un pueblo loco, y tanto ha predicado, tanta gente obedece a las damas elegantes, que más de cien comercios importantes se han cerrado por ellas solamente.

El domingo pasado se levantó a las once la condesa pidió el almuerzo, y, al dejar la mesa, —Que enganchen el millord—dijo al criado. Pero pasó más tiempo del preciso para poner al tronco el corraje, y no daban aviso de que estaba esperando el carruaje.

—¡A ver! ¿Que suba Juan!—dijo la dama irritada de verse mal servida, y entró Juan, con la cara compungida, murmurando al entrar:—«Vucencia llama».

—¡He pedido el millord hace una hora, gritó en son de reproche la condesa, y contestó el gallego:—«¡Peru agora non pueda trabajar! Soy miembro de esa sociedad que preside la señora!»

SINESIO DELGADO

LOS DEVOTOS

¿Cómo se hace un devoto? ¿Cómo se convierte un hombre de impío en piadoso?

Estas preguntas equivalen a estas otras: ¿Qué es lo que hacen en el mundo el clero y los jesuitas? ¿Para qué sirven esas colectividades que tanto dinero cuestan y tantos trastornos producen en las naciones?

Pues bien, los devotos se hacen de dos maneras. Una es muy difícil, y por esto ha tiempo que fué completamente desechada.

Consiste en lograr que los avaros se hagan generosos y caritativos; los lujuriosos, castos; los iracundos, suaves como un guante; los soberbios, humildes como la tierra; en una palabra, y usando el lenguaje de la Iglesia: sustituir a la naturaleza con todas sus imperfecciones y pecados con la gracia engendradora de todas las virtudes e imperfecciones.

Esto, dicho sea de paso, nos afirma la fe que si humanamente es imposible, por la eficacia de los sacramentos es sumamente fácil y hacedero. Resultó, no obstante, que la cosa salía un poquito desigual, y los cristianos de todos los tiempos siguieron por completo los impulsos de la naturaleza, por más que confesaban, comulgaban y obtenían bendiciones e indulgencias.

Era para desesperarse ver que, después de misiones y novenas elocuentemente predicadas; tras comuniones generales en que pueblos enteros tomaban parte, seguían los usureros desollando al pobre, los soberbios exigiendo el incienso de la adulación y los egoístas encerrándose en un fanal de hielo.

¿Qué hacemos? se decía la gente de sotana. Porque si hacemos en los pueblos modernos un recuento de católicos, nos vamos a encontrar conque no hay uno.

Entonces se acudió a otra manera de fabricar católicos y devotos, que está dando los más brillantes resultados.

Consiste sencillamente en no ocuparse para nada de los vicios ó pasiones de cada individuo, contentándose con que esos vicios se avengan a vivir cubiertos santamente con un escapulario y adornados con un rosario.

A los lujuriosos se les dice: «Vosotros podéis seguir en todos vuestros devaneos, podéis seducir doncellas, podéis enganar casadas, podéis desflorar vírgenes, podéis mantener horizontales ó instantáneas, pero (en el pero, consiste toda la perfección), pero habéis de pertenecer al Apostolado de la Oración y practicar la comunión reparadora de los primeros viernes del mes.

Vosotros, los soberbios, podéis seguir sin inconveniente alguno siendo tiranos crueles de vuestros criados y empleados, podéis seguir escupiendo en el rostro a todo el que no tuvo la suerte ó la desgracia de nacer de padres nobles y hacendados, podéis seguir haciendo que se os adore subidos en el altar, ridículo, es verdad, pero altar al fin, que os alza vuestro orgullo. Lo único que se os pide es que visitéis periódicamente la residencia de los jesuitas, donde no temáis, se respetarán y aun fomentarán todas vuestras vanidades.

Habéis de dar dinero para fundaciones piadosas; pero estad ciertos de que ellas ayudarán a satisfacer vuestra vanidad, pues los ministros de Jesucristo tendrán sumo cuidado de que por todas partes aparezca vuestro nombre, vuestro escudo

esculpido en piedra, vuestra corona tallada en mármoles y bronce.

A los egoístas se les grita: Venid, formad parte de la congregación piadosa, vestid el escapulario de la Inmaculada Concepción, rendid culto al Patriarca San José. ¿No veis que la devoción y el recogimiento son un motivo cual ninguno para que os encerréis en vuestras casas, os aisléis del mundo entero, y no tengáis, no digo que socorred, pero ni aun que ver las miserias y necesidades de vuestros hermanos?

Y vino la reacción religiosa y todos son hoy católicos fervientes, socios de no sé qué apostolados, cofrades de no sé qué asociaciones, comparsas de no sé qué pantomimas; pero devotos en toda la extensión de la palabra, devotos auténticos, característicos, ideales, prototipos.

El mundo está hoy dividido en hombres que tienen vicios, defectos y pasiones, y se llaman por eso pecadores, y hombres que tienen los mismos vicios y las mismas pasiones corregidos y aumentados, pero santificados por el escapulario ó la medalla.

Son avaros ó lujuriosos ó ladrones que huelen a incienso; que en vez de la cadena del presidio llevan al cuello la cinta azul de la Inmaculada y sobre el corazón lleno de cieno ponen el corazón de Jesús.

Por eso cuando en nuestros tiempos oímos hablar de conversiones, nadie pensamos en gentes que de viciosas se hagan practicantes de la virtud cristiana, sino que nos decimos: «¡Ah! están unas cuantas podredumbres que se han envuelto en el tisú brillante de la devoción; ya hay unas cuantas lujurias ó soberbias que lleven escapulario y comulguen; el clero cuenta con unos cuantos devotos, comparsas ó coristas para sus teatrales espectáculos.»

GIL BLAS DE SANTALLANA

Un clérigo, carlista por más señas, que conoce muy bien a las Hermanas de la Caridad por tener de ama con todas sus prerrogativas a una que lo ha sido, siempre que algún tonto entona en su presencia el himno de gloria en loor de esos ángeles de á peseta diaria, le dice:

—¡Permita Dios que te asistan! ¿Qué cura más cruel! ¿Pues no quiere acabar con los admiradores rutinarios de las fregatrices con tocas!

No te ensañes tanto con la humanidad, clérigo ilustre.

EL PARTO DE LOS MONTES

Ó DE DIOS NOS VENGA EL REMEDIO

Nunca creímos que la actitud de los contribuyentes fuera bastante para obligar al gobierno a variar de política y de procedimientos administrativos.

Repetidas veces hemos dicho que aquí de lo que hay que variar es de régimen para que la política y los mecanismos de la administración varíen, y que los males que España sufre no provienen sólo de su situación económica. Hay cuestiones más hondas que la referente a los ochavos de los contribuyentes, que ha sido en primer término la que se ha pretendido ventilar.

Y ¿qué ha resultado de toda esa labor? Nada.

Desde que los comerciantes é industriales de Barcelona, ante el temor de ir a parar a los sollados del Carlos V, depusieron su actitud de resistencia al pago de los impuestos, y desde que el señor Paraíso, en nombre de la comisión permanente de las Cámaras de Comercio, publicó su manifiesto declarando su misión fracasada, la política ha entrado en un período de plácida calma y el gobierno disfruta de una tranquilidad absoluta.

Entendían, con muy mal acuerdo, como antes decimos, el gobierno y las Cámaras de Comercio que el único problema de importancia que se había planteado después de las catástrofes venidas sobre España, era el de que los industriales y comerciantes pagaran unas cuantas pesetas más ó menos de contribución, y una vez resuelto, y conseguido el propósito del gobierno de que paguen más, no queda nada que hacer en pro de aquella decantada regeneración que todos pedíamos, que las Cámaras de Comercio y las Ligas de productores se habían propuesto obtener y el mismo gobierno había prometido realizar.

Y es curioso lo que ha sucedido después de tanto ruido.

Las clases industriales y mercantiles y las que, por poseer el capital, se llaman y tienen por únicas fuerzas vivas del país, se colocaron en la célebre Asamblea de Zaragoza y después de ésta en mítins y reuniones en una actitud que, si bien en el fondo y por muchas causas y razones que sería largo de explicar, tenía algo de egoísmo y de interés de clase, fué en cierto modo simpática a las gentes por su significación de protesta y de censura hacia la política de los partidos que causaron las desdichas de España y hacia el desbarajuste, el despilfarro y la inmoralidad que caracterizan a la administración del actual régimen.

No hemos de negar que las Cámaras de Comercio y las Ligas de productores, con sus manifiestos, sus mítins y sus acuerdos lograron despertar la atención pública y hasta que a veces consiguieron llevar alguna esperanza al país que sufre y trabaja, que es en último término quien todo lo paga, haciéndole creer que el gobierno y aun el régimen no podrían resistir la oposición de tales y tan importantes elementos que se le ponían de frente, cuando sonara la hora decisiva de cumplir los acuerdos adoptados.

Pero en el momento crítico, al llegar el instante preciso de medir las fuerzas y de librar el combate decisivo, véanse los resultados.

El gobierno con la misma política personal y funesta de siempre, siguiendo con su sistema administrativo desquiciado y pernicioso, con todos los vicios ya crónicos é incurables de los viejos partidos monárquicos de quienes tanto se ha abominado, no ha tenido que hacer más que dar primero algunas largas para ganar tiempo, y venir al fin a dictar una orden a las autoridades locales recomendando la severidad y la energía y hacer en el Congreso un desplante de fortaleza de ánimo, para conseguir que las numerosas y compactas huestes que se llamaban orgullosamente las fuerzas vivas de la nación, que se habían impuesto la altísima misión de regenerar al país, haciendo solemne promesa de conseguirlo ó perecer en la demanda se declararan fracasadas, vencidas y en fuga, lanzado un humilde y resignado ¡Dios nos ampare! como digno y pacífico fin a la obra con tanto empeño y ardor bélico comenzada.

Y conste que no hacemos resaltar esto sólo como crítica y censura a los contribuyentes ni a sus Cámaras y Ligas por haberse sometido a los deseos del gobierno. De ningún modo. Justo es que paguen puesto que ellos son los que tienen el dinero. Nosotros nunca hemos abrigado grandes simpatías ni puesto mucha confianza en esos patriotismos y comezones de regeneración que sólo se avivan cuando los dedos del fisco urgan al bolsillo.

Hacémoslo resaltar para que el pueblo vea que lo que él mismo no haga por sí no lo hará nadie; y que los gobiernos actuales y las clases que siempre han sido, son y serán por su interés y conveniencia conservadoras, podrán estar alguna vez por determinadas cuestiones en desacuerdo, pero al fin unos y otras transigirán sus diferencias viniendo a un arreglo, siempre que el pueblo, la gran masa explotable del país, permanezca indiferente, dejándolos concertar amaños y componendas.

José CINTORA

Una joven muy guapa y muy rica del Puerto de Santa María ha desaparecido del hogar paterno, dejando una carta en que encarga que no la busquen, pues nada conseguirán.

¡Ah capellán del convento donde esté, cuánto te envidio!

¡MENOS FARSA!

Un periódico católico dice a los obreros, hablando de Engels, el amigo de Marx:

«Para gobierno de incautos é inocentes, enseñanza de ignorantes y desengaño de ilusos, séase que, abierto y registrado el testamento del célebre socialista, resultó que el difunto poseía una fortuna mobiliaria de 623.875 francos, y en bienes inmuebles 620.975, ó sea en junto 1.244.850 francos; esto es, unos cinco millones de reales. ¿Qué les parece de esto a nuestros obreros? Uno de los jefes más conspicuos, uno de los partidarios más entusiastas, uno de los más incansables apóstoles del socialismo, drja al morir cinco millones de reales. ¡Cinco millones de reales!...»

Y era un regenerador, un emancipador, un redentor del pueblo, enemigo de la propiedad privada y ardiente defensor (de palabra) de la igualdad y la democracia.

Se necesita ser neo, es decir, sinvergüenza en grado superlativo, para nombrar tan cínicamente la saga en casa del ahorcado.

¡Hablar de desinterés los que parecen haber nacido para quedarse con todo el dinero que hay acuñado en el mundo! ¡Los partidarios de una religión en que el Papa tiene centenares de millones depositados en los Bancos, en que los obispos reúnen de diez a treinta mil duros anuales, en que los frailes acaparan el oro y las posesiones que pueden y en que los jesuitas apelan a toda clase de artimañas, algunas que caen dentro del Código, para enriquecerse!

Si Engels dejó realmente ese dinero, que no lo sé, lo habría adquirido por medios lícitos y honrados; y en último caso, él no habría hecho voto de pobreza, ni tenía el deber, por precepto religioso, de dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, como todos los que nos ponen a cada paso como ejemplo la pobreza de Cristo, y se llaman sus discípulos é imitadores.

A callar, pues, y basta de farsa, que todos estamos ya en el secreto.

EL PROBLEMA

O con la monarquía ó contra la monarquía. No valen distinguos, no valen ensenas, no valen pretextos, no valen hipocresías ni sofismas. Los términos del problema que pretenden resolver los Gremios y las Cámaras de Comercio, son esos. Rehuir la cuestión, buscar rodeos, discurrir lo accidental y secundario sin atreverse a atacar lo esencial, equivale a no querer esa regeneración que se busca por caminos que no pueden conducir a ella de ningún modo; es lo mismo que querer atajar un mal combatiendo sus efectos en vez de destruir sus causas.

O con la monarquía ó contra la monarquía; ó someterse a ella cruzándose de brazos ante ese mañana en que la patria acabe de hundirse al peso del trono, ó buscar y aplicar pronto los medios que nos libren de éste, impidiendo que las instituciones sagun-tinas acaben de sernos del todo funestas y que España corra la misma suerte que Po-

lonia. Hay que abordar la cuestión de frente, hay que ser francos; hay, sobre todo, que ser lógicos.

Nuestros desastres, nuestra ruina, la pérdida de nuestras colonias, las vergüenzas de Manila y de Santiago de Cuba y la ignominia del tratado de París, no son producto del acaso, no han venido por la fatalidad; tienen su origen, son efectos de causas bien conocidas, estaban previstos y anunciados, son el fruto de la monarquía y de los gobiernos de la monarquía, la liquidación de veinticinco años de egoísmos, despilfarros, inmoralidades, injusticias, torpezas, ineptitudes e infamias. Sembrando vientos no podían recogerse más que tempestades. Lo anómalo, lo maravilloso, lo imposible hubiera sido que después de cinco lustros de orgía saguntina no se encontrara España al borde del sepulcro. Y una de dos: ó la monarquía ha sido impotente para impedir que llegara la patria á la situación angustiosa en que ahora se encuentra, ó no ha querido ó no ha sabido evitarlo.

Si ha sido impotente, más ha de serlo ahora y más lo será mañana; está, pues, de sobra; es un estorbo y un peligro. Si no ha querido ó no ha sabido evitar los tremendos desastres que acabamos de sufrir, está también de sobra; es culpable, es responsable de todos nuestros males. Afirmar la irresponsabilidad del régimen, equivale á decir que las formas de gobierno no influyen para nada en la suerte de las naciones; que la prosperidad y engrandecimiento de los pueblos ó su ruina y decadencia son independientes del sistema político porque se rigen; equivale á decir que no hay diferencia entre la República de Suiza y el Imperio de Marruecos, entre la forma de gobierno de Turquía y la de Francia.

No, no se pueden hacer semejantes afirmaciones sin incurrir en el absurdo, sin faltar á las enseñanzas de la historia, sin burlarse del sentido común.

¿Cómo negar que las formas de gobierno influyen en la suerte de los Estados? ¿Cómo defender la irresponsabilidad del poder, que tiene influencia incontrastable en las resoluciones de los gobiernos? Esto es absurdo, y sobre afirmaciones absurdas no se puede ni se debe discutir.

¿No lo creen así los Gremios? ¿No lo creen así las Cámaras de Comercio? ¿Green que la monarquía no ha fracasado? Pues no deben negarle los recursos que por conducto de su gobierno necesita para sostenerse.

¿Es que se pretende establecer una distinción entre el régimen y sus gobiernos? ¿Es que se cree que con la monarquía podemos tener gobiernos aptos, morales y patrióticos que hagan todo lo contrario de lo que han hecho los que hasta ahora hemos venido padeciendo? Si esos gobiernos pudieran existir, ni hubiéramos llegado al desastre, ni estaría Silvea en el poder, ni Sagasta esperaría el turno á menos que se afirmase que la monarquía se empeña en que tengamos malos gobiernos.

¿Es que los Gremios y las Cámaras de Comercio no se atreven á decir, á reconocer públicamente que la monarquía ha fracasado y que es indispensable reemplazarla para salvar á la patria, ó imaginan que resistiéndose pasivamente al pago de la contribución la monarquía acabará por marcharse? No necesitan tanto don Amadeo de Saboya para renunciar á la corona de España; pero los buenos ejemplos no abundan por desgracia. No hay, pues, que forjarse ilusiones respecto á este particular: la monarquía no se irá así; la resistencia, si no deja de ser pasiva, no es más que una negación, y lo que se necesita es hacer afirmaciones; además, es muy fácil vencer á los pasivos; dígalos Barcelona.

Por último, la salvación de España, el remedio que se busca, no consiste ni puede consistir en que el contribuyente pague al año unos centenares menos de pesetas, sino en que lo que pague tenga buena aplicación, en que los gobiernos sean aptos y honrados, en que acaben para siempre todos los abusos y las inmoralidades que la restauración trajo, y que no desaparezcan hasta que ella desaparezca. Pagando menos contribución no se modificarán los dinastícos, no tendremos una industria y un comercio florecientes y una agricultura próspera, como no se conseguirá tampoco que los tribunales, el Parlamento, el ejército, los centros de enseñanza etc., etc., sean lo que deben ser.

La salvación de España, quíranlo ó no los Gremios y las Cámaras de Comercio, ha de ser una obra esencialmente política, obra imposible de todo punto mientras subsista el régimen actual. Por eso hemos dicho, repetimos y repetiremos siempre: O con la monarquía ó contra monarquía.

Ese es el problema.

PERIS MORA

Valencia.

José María y Ceuta

Al bueno de JOSÉ MARÍA, obispo de Cádiz y Administrador Apostólico de Ceuta, le ha dictado su apunador, también JOSÉ MARÍA, (León y Domínguez), con fecha 21 Noviembre de 1899, una pastoral que dice entre otras cosas lo siguiente:

«Considerábase menos culpables, pero no son menos culpables, para la Religión y para la actual lucha, aquellos católicos que abandonan por pereza las frecuentes ocasiones, que se presentan en la vida, de contribuir con sus personas ó con los medios que Dios les ha concedido, á preparar los caminos del Señor.

Si todos los que á ella están obligados mirasen siquiera con igual interés que aquel con que prestan atención á los asuntos temporales la causa de la Religión, ¿qué sería la deficiencia que todos los días lamentamos, en cuanto á la cooperación de obras tan importantes para procurar la

cultura de la juventud, la instrucción y mejoramiento moral del obrero y la propagación de la buena doctrina? Seguramente que no. Mas, mientras ruge la tempestad por fuera, y se hallan, como bien lo saben, comprometidos los preciosos intereses de la fe de nuestros mayores; en tanto que unos pocos luchan con la falange de los secuaces del infierno y agotan sus fuerzas y sus recursos, aquellos católicos permanecen encerrados en sus casas guardando sus personas y escondiendo sus caudales ó invirtiéndolos en todo, menos en procurar el fomento de las empresas que opongan resistencia en nombre de la verdad á las obras que, con tantos recursos acometen sus enemigos jurados. ¿Quién no condenará, amados hijos, esta conducta? ¿Criste es en verdad haya en nuestra patria tanto número de personas que por su posición social, por sus creencias y por su abito pudiesen servir de poderosos auxiliares para las obras de propaganda católica, y con las cuales, sin embargo, no se puede contar, llegado el caso. Lamentamos mucho los males y la propagación de los errores, mas no salen nunca de su estado de postración ni aun excitados por la Iglesia; y en tanto que los enemigos de toda verdad religiosa cuentan con auxiliares y medios para sus empresas y propagandas, aquellos católicos dejan abandonado á incumplido su deber, exponiéndose á que con fundamento se dude mucho de su fe.

No faltan, sin embargo, por fortuna, católicos decididos y fervientes, que salen á la defensa de la Religión y de la Verdad y libran batallas contra el enemigo común y contribuyen con sus personas y sus bienes á la defensa de la causa de Dios.

¿Qué tal las indirectas? Ni las del P. Cobos. ¡Dinero y dinero, y por todos los medios! Esto gritan esos renglones por cada una de sus letras. El que no dé dinero, no es buen católico. Y no hay que contentarse con dar oro, plata, ó billetes de Banco, sino bienes, es decir, alhajas, fincas...

Claro es que tales bienes, y los billetes y el oro y la plata para esas obras piadosas, para esos santos fines ¿quién han de dárselo las ovejas, sino al Pastor que hace la petición en nombre de Dios? ¿a quién sino á JOSÉ MARÍA, Administrador Apostólico de Ceuta?

La verdad es que ahora que se trata de reformar el Código, debiera introducirse un artículo imponiendo un castigo en consonancia con el delito, á todo mitrado, ó birretado, ó bonetado, que pidiese DINERO, amenazando con las penas del infierno, PARA PREPARAR LOS CAMINOS DEL SEÑOR, caminos que suelen terminar en Montejurra ó San Pedro Abanto.

Las Suegras de la caridad

El Hospicio de Sevilla está regido por beatas; basta decir esto para saber que es una casa siniestra.

En él existen muchos desgraciados seres cuyos nervios están casi paralizados, especialmente en las hembras; dándose el caso que cuando salen á su casa, en unos días parecen idiotas, la sangre pretende saltarse de sus venas, y la imaginación vuela como el águila, remontándose al infinito, buscando el cariño que allí le falta y de que tanto necesitan. Y, sin embargo, estas desgraciadas criaturas se mueven como un autómata al sonido de una campana.

Aquellos pobres seres, al sonido de la campana se levantan á las cuatro de la mañana, yertos de frío, descañados y luchando con el sueño de los pocos años, más desgraciados en aquellos momentos que otros más pobres aún que ellos que por cama tienen una estera y duermen á pierna suelta y se levantan cuando los hospicianos ya han levantado sus camas, se han lavado, han pasado un frío horroroso por aquellos inmensos patios y corredores; han oído una misa de más de una hora, en posturas violentas; han recibido algunos golpes del celador ó de las beatas, que les observan todos sus movimientos; y después les dejan sin pan, de rodillas en el comedor ó sin salida el domingo, porque adoptó una postura con la cual estaba mejor en misa; ó se duerme en ella; ya ha hecho la limpieza de su dormitorio, llorando de frío, porque no puede empujar la alfombra de fría que está el agua.

Vuelve á sonar la campana, y acuden silenciosos y en correcta formación á la escuela, donde saben que tienen un profesor que les quiere, que se desvela por ellos, que les aconseja, que sufre cuando les ve sufrir y que por todos los medios posibles les procura su porvenir, que les castiga por caridad, y que es la única persona de quien pueden esperar y en quien pueden confiar, pues hace las veces de verdadero padre.

Suena nuevamente la campana, y el asilado va al comedor y come en silencio manjares inspidos y mal sanos en cortas porciones; y menos mal si, porque le falta un cordón en el zapato, ó se le ha roto, ó le falta un botón, ó porque tiene un descosido en la ropa, ó por otra insignificante falta, no le deja la beata sin pan; y si pone mala cara, le pone de rodillas durante la comida y le sacude unos cuantos bofetones.

Vuelve á sonar la campana, que llama al asilado para la cena; generalmente concurren á ella casi solo los niños de nueve á doce años; allí se les sirve una sopa de ajo en invierno y un gazpacho en verano, que no pueden reunir peores condiciones.

Desde aquí van á sus dormitorios, y después de rezar el rosario se acuestan, y llegada la hora del silencio se duermen entre los pasos del vigilante nocturno y el ruido que produce la beata con su inseparable rosario de cuentas gordas y el crucifijo que de él pende, viendo entre sueños la ténica luz que produce una capuchina en miniatura, que le acompaña con la no menos ténica luz que se desprende de un mal quinqué que medio alumbraba el dormitorio, acordándose al propio tiempo de su madre algunos, y maldiciendo su suerte otros.

En el Hospicio adquieren los asilados el fco vicio del fingimiento, y en mayores proporciones las hembras, en cuyo vicio llegan á ser maestras, pues en muchas ocasiones, estando la beata presente cuando van á verlas sus familias, se las pregunta que si están contentas, que si están bien, y responden afirmativamente que están muy bien; mas en un momento que la beata se ha retirado, dicen á su madre con tono desgarrado: ¡Mamá, sácame por Dios!

En el Hospicio brota por todas partes el veneno de la hipocresía, porque ese es el ambiente que se respira; en la iglesia aparentan rezar y no rezan; aparentan leer y no leen; se confiesan, no porque deseen hacerlo, sino porque á la fuerza les hacen que confiesen; comulgan, porque así se lo mandan, y llegan al sacramento con los ojos bajos y las manos cruzadas, aparentando un arrepentimiento que están muy lejos de sentir.

Así la vida es horrorosa, es vida de sufrimientos, esteril para el bien y fecunda para todos los vicios.

El hospiciano necesita lo que no tiene; quiere cariño y no lo encuentra; sólo un reglamento, ó mejor dicho, un régimen frío, la austeridad de la beata que no le quiere, y la esclavitud de una campana son sus compañeros.

Sueñan con el domingo de salida para los va-

rones y de entrada para las hembras; para los primeros, la casa de su madre, sus hermanos, amigos, parientes, la comida bien condimentada, la tolerancia del verdadero cariño, los besos de la madre ó los abrazos del padre; para la segunda—esta es más desgraciada—sólo la visita de cualquiera que quiera verla, y esto por la rejía, como á los presos; pero, sin embargo, se le permite conversar un rato, siempre á la vista de la funesta sombra de la beata.

Se pasa el día; el reloj corre con una rapidez vertiginosa; se acerca la noche; el asilado ya no habla, se queda inmóvil, ya no juega, y parece que ha perdido sus energías vitales, está pensativo, y por último rompe á llorar. El fantasma Hospicio se acerca con su ténica iglesia, fríos corredores y patios, grandes dormitorios con sus celadores y fantasmas veladores, y su vida se hace insostenible, y desde luego concluye por decir á su madre que no quiere volver al Hospicio, la cual, después de apurar cuantos cariños y palabras dulces la sugiere su imaginación, tiene que apelar á la fuerza, y al fin consigue poner al niño en el Hospicio; y ya en él, como vivir allí le es preciso, vuelve á ocupar el puesto á que le somete la desgracia y la caridad le ofrece, sino otro cariño que el de sus compañeros; y como sin cariño no es posible la vida, se hacen grandes amistades, tanto que llegan á convertirse en verdaderas y profundas pasiones.

¡Qué horrores los del Hospicio!

Sevilla.

Se presentó hace pocos días en la Diputación provincial de Vizcaya una moción pidiendo que no fuesen en adelante comisiones á saludar á la Regente cuando estuviera en San Sebastián, y la combatió el republicano y veterinario señor León.

Poned en cueros á ese republicano y de seguro llevará tres ó cuatro escapularios al cuello, regalados por los jesuitas de Deusto.

LA OLA NEGRA

En Bilbao está concluyéndose una iglesia en el Ensanche—en la parroquia de San Francisco—y los diputados bilbaínos gestionan la concesión de no sé cuánto dinero, unas diez mil pesetas, para las obras, que tenemos entendido ha negado el ministro de Hacienda.

Las obras no estaban paralizadas por falta de dinero, pues aquí lo sacan á espportones de todas las casas los jesuitas y los frailes, pero con dificultad el clero parroquial. Sin embargo, el ayuntamiento había dado 40000 duros para las obras y más del doble, creemos, Zaballari.

El edificio es magnífico realmente; pero, lo repetimos, estaban paradas por falta de cuartos las obras.

Las curas de Bilbao pretendían crear una nueva parroquia con esa iglesia.

Pues bien, diputados y curas se quedarán con dos palmas de narices, porque han llegado á la capital de Vizcaya, como vanguardia, unos cuantos frailes agustinos de los 300 que, procedentes de Filipinas, y sólo de esa orden, se repartirán por España. La vanguardia la componen seis.

Antes de asomar por aquí fueron á Vitoria, y les aconsejó el obispo «que se viniesen á Bilbao, pues allí no tenían campo» (sic).

En Bilbao cuentan ya con buenas alhajas, y pretenden, y lo conseguirán, mandando á paseo diputados y curas, que se concluya PARA ELLOS la iglesia en construcción, y además fundarán un colegio que aumente las ya innumerables fortalezas y cuarteles carlistas de Vizcaya.

En Guernica también hay agustinos, pero son recoletos. Los que vienen de Filipinas son descalzos, apesándoles los pies de una manera tan horrible, que ya por dos veces han entrado en un tranvía de los que van á Las Arenas y á Portugalete, y se han salido los viajeros, prefiriendo andar unos kilómetros á pie.

(De la revista religiosa, El Amor Cardiac)

Y dice El Centro, periódico carlista:

«¿Quiénes son los mayores enemigos de la Religión?

Los mismos católicos. Valiera más que todos ellos se pasaran al bando contrario.

Hablamos con toda sinceridad. ¿Quién quiere el cincuenta por ciento de los que se llaman católicos?

Los regalamos á quien quiera cargar con ellos.

Yo no los quiero.

No puedo con los republicanos de ese sistema, ¿é iba á cargar con esos otros cuos y sinvergüenzas?

Repáramonos entre todos la carga de basura.

La jornada del trabajo

DATOS PARA LA SOCIOLOGÍA

Como todo cuanto á la clase obrera se refiere me interesa grandemente, he recopilado los siguientes datos relativos á la duración de la jornada de trabajo en gran número de centros obreros de España. Incompletos son, lo sé, pero los publico en la esperanza de que la tarea hallará más afortunados continuadores.

Los obreros en España trabajan en las localidades que indico, el siguiente número de horas:

Alava.—En verano doce y once en invierno.

Albacete.—De sol á sol los obreros del campo. En los talleres, ocho horas; los cerrajeros ocho de día y tres de noche, los carpinteros diez horas y trece los herreros.

Alicante.—Hay industrias en las que la jornada de trabajo es de nueve horas, otras en que asciende á trece y algunas en las que llega á dieciocho.

Almería.—El jornalero del campo trabaja doce horas; doce también los tipógrafos, los mineros ocho; los dependientes de comercio desde que amanecer hasta media noche.

Avila.—Los criados de labor hasta 13 y 14 horas en primavera y en otoño; en verano doce. Carpinteros, zapateros, tipógrafos y sastres, diez.

Barcelona.—Los industriales diez horas con los descansos acostumbrados en la generalidad de los talleres.

Baleares.—Los obreros agrícolas de sol á sol;

los industriales de seis y media de la mañana á siete de la noche.

Baturo.—Los blanquadores trabajan sesenta y ocho horas semanales; los tintoreros, cerrajeros y sastres sesenta y seis; los albañiles sesenta; los herradores sesenta; los fundidores sesenta y tres; los aserradores de madera sesenta y ocho; los toneleros cincuenta y cuatro; los curtidores cincuenta y una.

Burgos.—Lo general es que la jornada diaria sea de 10 horas. No obstante, los alfareros trabajan de 12 á 13 horas y los dependientes de comercio de 12 á 14.

Cádiz.—Los cajistas trabajan de diez á trece horas. Albañiles, peones, carreteros, carpinteros, cerrajeros, herreros, empedradores y toneleros, de diez á doce.

Cáceres.—Los obreros del campo, ocho horas; los de industrias, diez; los dependientes de comercio, catorce; los mineros, ocho del interior y diez del exterior.

Castellón.—La jornada, por lo general, es de diez horas; pero los tipógrafos trabajan diez y media, y los dependientes de comercio desde el amanecer hasta las diez de la noche los días laborales y la una de la tarde los festivos.

Córdoba.—En general doce horas.

Ferrol.—Con pocas excepciones, la jornada es desde las cinco de la mañana á ocho de la noche.

Cuenca.—Generalmente diez horas.

Granada.—Albañiles, carpinteros, fundidores y ebauistas, de sol á sol.

Guadalajara.—Diez horas.

Guipúzcoa.—En general doce horas y media como máximo y once y media como mínimo.

Huelva.—Máximo doce, mínimo ocho. Los dependientes de comercio dieciséis y los obreros de las minas ocho.

Huesca.—En general diez.

Jáen.—Los labradores y albañiles trabajan de sol á sol; los obreros de las fábricas de fundición de hierro, trabajan nueve horas en invierno y diez en verano; los mineros ocho; los dependientes de comercio catorce.

Lérida.—Los labradores de sol á sol; los dependientes de comercio desde el amanecer hasta las once de la noche; los obreros de la industria trabajan diez horas.

León.—Por regla general los oficios todos trabajan diez horas. Los tipógrafos trabajan nueve y doce los dependientes de comercio.

Logroño.—La jornada de trabajo, salvo muy contadas excepciones, es de ocho horas.

Lugo.—Se trabaja diez horas en general, menos los dependientes de comercio que trabajan doce y catorce.

Madrid.—Los labradores de sol á sol; los operarios de fábricas de hilados trece horas; los de fábricas de fundición nueve; los mineros de diez á doce; los tipógrafos nueve; los zapateros catorce.

Navarra.—En general se trabaja diez ó once horas, y los mineros todo el día.

Orense.—La jornada de trabajo oscila entre once y doce horas.

Oviedo.—Se trabaja en general de ocho á diez horas. Los mineros en invierno trabajan de sol á sol y en verano desde las cinco de la mañana á las siete de la tarde.

Palencia.—Once horas en invierno y once y media en verano.

Pontevedra.—Los obreros industriales trabajan de trece á catorce horas. Esa misma jornada emplean los jornaleros ocupados en obras públicas, los carpinteros, canteros y albañiles, etc.

Santander.—En las minas se trabaja de sol á sol. Los canteros siete ó ocho horas; los empleados en los demás oficios, diez horas y media.

Segovia.—La jornada ordinaria es de diez horas; los dependientes de comercio trabajan doce.

Sevilla.—Los dependientes de comercio trabajan desde las siete de la mañana á las diez de la noche. En los demás oficios de ocho á nueve horas.

Soria.—En este punto es donde más terrible es la vida del dependiente de comercio, pues trabaja de 17 á 18 horas diarias. De los otros oficios no tenemos datos.

Tarazona.—La jornada ordinaria es de ocho á diez horas.

Toledo.—Según las estaciones del año, los obreros industriales trabajan de diez á diecisiete horas.

Valencia.—Trabajase en general de nueve á once horas; los sastres diez, y los alpagateros de diez á catorce.

Vizcaya.—La jornada máxima es de trece horas y de ocho la mínima. Los mineros de sol á sol.

Zaragoza.—Los agricultores trabajan ocho horas y los obreros industriales diez.

Incompletos son los datos apuntados, pero es importante su estudio. La prensa democrática y obrera en general prestará á la causa de la redención del proletario un servicio eminente si reuniera, localidad por localidad y oficio por oficio, estos curiosos datos estadísticos, así como el promedio de los jornales.

L. P. S.

¿SUCESOS GRAVES?

«Desde hace ya dos ó tres días circula por la ciudad un rumor, que hasta nosotros ha llegado con algunos detalles, pero que, ni aún oído de labios de personas respetables, nos atrevemos á contar tal como lo conocemos.

Parece que en el Seminario Conciliar de Corbán ha ocurrido algún suceso grave del cual se hacen misteriosamente relaciones alarmantes. Lo que sí podemos decir, por haberlo oído de referencias de un señor sacerdote, es que han sido expulsados en dos días más de treinta seminaristas.

También se dice que al amanecer de antaayer se arrojó por una ventana un escolar y que se han oído disparos de armas de fuego dentro del Seminario.

Esto último nos lo confirma una carta anónima que hemos recibido de Corbán, y en la cual se nos ruega que pongamos en claro lo que sucede, porque el vecindario de San Román se halla alarmado á consecuencia de lo que se dice ocurre en la casa tras cuyos muros se oculta á las miradas del público el misterio.

Suponemos que las autoridades civiles y eclesiásticas darán á conocer la verdad de lo ocurrido para tranquilizar á la opinión.

Leer esto en El Cantábrico, de Santander, ortodoxo á macha martillo, y exclamar: «¡Oleto, flaminados hay!», fué todo uno. El nombre de Corbán trae involuntariamente á la memoria aquellos ángeles á quien Lot les ofreció espontáneamente sus hijas, las mismas de que luego él abusó en los horrores de una curda fenomenal. (La Biblia canta).

«Pero ¡ay! cuán falibles son los juicios humanos! Por esta vez, en buena hora se diga, y aun cuando cause extrañeza en las

almas piadosas, no ha habido que lamentar flamineries. Otra vez será.

Lo ocurrido, á creer al mismo Cantábrico, fué esto:

«Hubo algunas diferencias entre el Rector y el Vicerector del Seminario, á consecuencia de las cuales el primero presentó su dimisión, que le fué admitida. Los seminaristas se dividieron en dos bandos, unos partidarios de organizar una protesta contra el Vicerector y otros á favor de éste, haciéndose cierta manifestación de anticipación por los protestantes, á la que ya nos hemos referido.

Posteriormente, en la noche del miércoles último, á altas horas, tuvieron á rebato la campana del Seminario, y cuando se levantaron los profesores y los seminaristas, hallaron las luces de las crucías y los transtos apagados é inutilizados por el momento para encenderse.

Es claro que se armó un belén más que regular por la alarma de la campana y la oscuridad de la casa, en la que andaban á tientas todos los que la habitaban, aumentando la confusión por haber sonado dos tiros, que no se sabe de dónde partieron ni quién los disparó, y entonces fué cuando dos seminaristas, asustados por los disparos, se arrojaron por una ventana á un tejado, y de allí á los patios, saliendo luego á la carretera, por la que corrieron pidiendo auxilio.

Al fin dentro del Seminario encendieron luces y se restableció el orden, saliendo algunos sirvientes en busca de los huídos, á los que encontraron en las inmediaciones del edificio.

A la mañana siguiente, enterado de todo lo ocurrido el señor Obispo, dió orden de que fueran expulsados los colegiales que más se distinguieron en los sucesos que quedan narrados.

La relación resulta un poco oscura, tanto como lo estaba el Seminario, de somnolienta memoria, la noche de autos. Y no sería yo el que se propusiera á asegurar que á oscuras y á tientas por aquellas habitaciones, algunos seminaristas no temiesen por la integridad de su individuo. ¡Se presta tanto aquel edificio á despertar estos temores!

Pero ya que esta vez no haya respondido el Seminario de Corbán á su deshonrosa tradición, no puede negarse que allí andan á tiros por quitarse allá ese Rector ó ese Vicerector, y que todo esto prueba lo que vengo sosteniendo: que tan piadosos centros son emporios de cultura, amor al prójimo, paz, tiros y estetismo.

Y dale que le darás, y zumba que dale, y ¡pam, pam, pum, fuego!, y el que tenga tienda que atienda, y en unos casos se arrienen á la pared, y en otros se escondan tras una puerta, y si la cosa se pone muy fea, se tiren de cabeza por una ventana ó un tejado, desde allí á un patio, después á la carretera, y ¡pies para que os queréis!, y voces de ¡socorro! ¡socorro!, que vienen apretando, y...

¿Qué cosas se aprenden y ocurren en los seminarios? Así salen de ellos esos curas cerilles ó viciosos, que llevan á los pueblos semillas de inmoralidad y perturbación.

¡Oh poder de la enseñanza y el ejemplo! Tú haces de un seminarista esteta ó pendeuciero, un clérigo immoral y trabaucire.

LOS HORRORES DEL ABSOLUTISMO

Los reyes aliados apretaban para que se publicase una amplia amnistía. El rey, cuando no pudo resistir más la imposición, lanzó la siguiente, burla sangrienta á la humanidad, á la justicia y á los que le devolvieron el poder absoluto:

«Artículo 1.º Concedo indulto y perdón general, con relevación de las penas corporales ó pecuniarias en que hayan podido incurrir, á todas y á cada una de las personas que desde principio del año 1820 hasta 1.º de Octubre de 1823, en que fué reintegrado en la plenitud de los derechos de mi legítima soberanía, hayan tenido parte en los disturbios, excesos y desórdenes ocurridos en estos reinos, con el objeto de sostener y conservar la pretendida Constitución política de la monarquía, con tal que no sean de los que se mencionan en el artículo siguiente.

Art. 2.º Quedan exceptuados de este indulto y perdón, y por consiguiente deberán ser oídos, juzgados y sentenciados con arreglo á las leyes, los comprendidos en alguna de las clases que á continuación se expresan:

1.º Los autores principales de las rebeliones militares de las Cabezas, de la isla de León, Coruña, Zaragoza, Oviedo y Barcelona, donde se proclamó la Constitución de Cádiz antes de haberse recibido el real decreto de 7 de Marzo de 1820; como también los jefes civiles y militares que continuaron mandando á los sublevados, ó tomaron el mando de ellos con el objeto de trastornar las leyes fundamentales del reino.

2.º Los autores principales de la conspiración tramada en Madrid á principios de Marzo de 1820, á fin de obligarme y compelirme por la violencia á la expedición del referido real decreto de 7 del mismo, y consiguiente juramento de la llamada Constitución.

3.º Los jefes militares que tuvieron parte en la rebelión aragonesa en Ocaña, y señaladamente el teniente general don Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal.

4.º Los autores principales de que se me obligease al establecimiento de la llamada junta provisional, de que trata el decreto del 9 del mismo mes de Marzo de 1820, y los individuos que la compusieron.

5.º Los que durante el régimen constitucional firman y autorizaron exposiciones dirigidas á solicitar mi destitución ó la suspensión de las augustas funciones que ejercía, ó el nombramiento de alguna regencia que me reemplazase en ellas, ó el que mi real persona y las de los serenísimos príncipes de mi real familia se sujetasen á cualquiera especie de juicio, bien fuese por las llamadas Cortes, ó por cualquier otro tribunal, como igualmente los jefes que hubiesen dictado providencias encaminadas al propio efecto.

6.º Los que en sociedades secretas hayan hecho proposiciones dirigidas á los mismos objetos de que se hace mención en el artículo precedente durante el gobierno constitucional, y los que con cualquiera objeto se hayan reunido ó reunan en asociaciones secretas después de la abolición del citado régimen.

7.º Los escritores ó editores de libros ó papeles dirigidos á combatir é impugnar los dogmas de nuestra santa religión católica, apostólica, romana.

fué violado el sagrado recinto del real palacio, y se me privó de ejercer la prerrogativa de nombrar y separar libremente mis secretarios del despacho.

9. Los jueces y fiscales de las causas seguidas y sentencias contra el general Elio y el primer teniente de Guardias españolas don Teodoro Giffien, víctimas de su insigne lealtad y amor a su soberano y a su patria.

10. Los actores y ejecutores de los asesinatos del arzobispo don Matías Vives y del reverendo obispo de Vich, y de los cometidos en la ciudad de Granada y de la Coruña contra los individuos que se hallaban arrestados en el castillo de San Antón, y de cualquiera otro de la misma naturaleza. Los asesinatos son siempre excluidos de todos los indultos generales y particulares, y deben serlo con mayor razón los perpetradores de aquellos que envolvían además el siniestro objeto de promover y acelerar el movimiento revolucionario.

11. Los comandantes de partidas de guerrillas, formadas nuevamente y después de haber entrado el ejército aliado en la península, que solicitaron y obtuvieron patente para hostilizar al ejército realista y al de mis aliados.

12. Los diputados de las llamadas Cortes que en su sesión de 11 de Junio de 1823 votaron mi destitución y el establecimiento de una pretendida regencia, y se ratificaron en su depravado intento, continuando con ella hasta Cádiz, como también los individuos que habiendo sido nombrados regentes en dicha sesión, aceptaron y ejercieron aquel cargo, y el general comandante de la tropa que me condujo a la referida plaza. Exceptuándose de esta clase los que después de aquel escandaloso suceso hayan contribuido eficazmente a mi libertad y a la de mi real familia, según se ofreció solemnemente por la Regencia en su decreto de 23 de Junio del mismo año.

13. Los españoles europeos que tuvieron parte directa e influyeron eficazmente para la formación del convenio o tratado de Córdoba, que don Juan O'Donoghú, de odiosa memoria, celebró con don Agustín de Iturbide, que a la sazón se hallaba al frente de la insurrección de Nueva-España.

14. Los que habiendo tenido parte activa en el gobierno constitucional o en los trastornos y revolución de la Península, hayan pasado o pasen después de la abolición de dicho gobierno a la América con el objeto de apoyar y sostener la insurrección de aquellos dominios; y los de la misma clase que permanezcan en ellos con cualquier objeto, después de requeridos por las autoridades legítimas para que abandonen el territorio. Exceptuándose de esta clase los que siendo naturales o domiciliados en América, se hayan restituido a sus hogares, viviendo como habitantes pacíficos.

Los de la misma clase precedente, que refugiados en países extranjeros hayan tomado o tomen parte en tramas y conspiraciones fraguadas en ellos contra la seguridad de mis dominios, los derechos de mi soberanía, o contra mi real persona y familia.

(Los artículos desde el 3.º al 8.º, se refieren a los individuos a quienes alcanzaba el indulto; es decir, media docena; y aun éstos quedaban sujetos a ignominiosa vigilancia).

Art. 9.º Los individuos pertenecientes a las clases excluidas del beneficio del presente indulto, que se hallen comprendidos en algunas de las capitulaciones concedidas por los generales del ejército de S. M. Cristianísima, debidamente autorizados, no podrán permanecer en los dominios españoles, sino con la precisa condición de someterse al juicio y a las resultas de éste, en la forma que queda prevenida para todos los que pertenecían a las referidas clases exceptuadas.

Art. 10. Las autoridades civiles y militares encargadas de la ejecución del presente decreto, serán responsables de todo lo que por exceso o por defecto se oponga a su puntual observancia.

Art. 11. Los muy reverendos arzobispos y los reverendos obispos en sus respectivas diócesis, después de publicado el presente indulto, emplearán toda la influencia de su ministerio para restablecer la unión y buena armonía entre los españoles, exhortándoles a sacrificar en los altares de la religión, y en obsequio del soberano y de la patria, los sentimientos y agravios personales. Inspeccionarán igualmente la conducta de los párrocos y demás eclesiásticos existentes en sus territorios, para tomar las providencias que les dicte su celo pastoral por el bien de la Iglesia y del Estado.

Tenráse entendido en el Consejo para puntual cumplimiento y para que se publique y circule a quien corresponda.—Está señalado de la real mano.—En Aranjuez 1.º de Mayo de 1824.—El gobernador del Consejo.

Este decreto se publicó veinte días después de firmado, en cuyo tiempo la policía formó listas de cuantos habían de quedar exceptuados de la amnistía para arrestarlos; de esta manera su publicación coincidió con el hecho de haberse vuelto a llenar las cárceles de infelices, que vivían ya un tanto confiados; y si algunos lograron salir de ellas en los primeros momentos, fué a costa de sacrificar su escasa fortuna, en favor de vigilantes y carceleros.

Para acabar de remachar el clavo, encargóse a los obispos que dispusieran misiones que habían de hacerse por eclesiásticos adictos a las instituciones monárquicas, para excitar en los extraviados el arrepentimiento de sus pasadas faltas. Con esto las pasiones de la plebe se enardecieron, y la amnistía y las misiones acabaron de hacer imposible la vida de los liberales. ¿Y cómo no, dice un historiador, si aquellos misioneros, amparados por el texto de la real orden en cuya virtud procedían, se hallaban autorizados para calificar de ateísmo, de irreligión e impiedad, los agravios cometidos durante los últimos años? El vulgo que les escuchaba salía del templo, no con el ánimo predispuesto al perdón, sino con el corazón preparado a la venganza, creyendo hacer con ella un desagravio a la moral, a la religión y a la fe.»

(Continuará.)

Manifesté en el número anterior mi sentimiento porque figuraran en la Concentración democrática ciertos republicanos: en uno de los que preferentemente pensaba era en Calixto Rodríguez, diputado.

Es hombre de recto criterio, enemigo de farsas y que va siempre en busca de la verdad, llamándose noblemente a engaño si no la encuentra. En esto confío para que se aparte en breve de esa quimérica.

Por lo pronto, ya dió una nota discordante en la Asamblea; esta: que hay que fijarse más en la cuestión social que en la política. Lo cual sonaría a demagogia en los oídos de los políticos rancios que allí había.

En fin, que siento mucho que un hombre de sus condiciones figure en esa agrupación que puede un día inclinarse a soluciones antirepublicanas.

Desde Mondoñedo

Mi amigo don José:

Por fin los sabios Redentoristas, frailes ellos, y de buena estampa, según opinión unánime de las devotas niñas que prestaron su concurso a la Santa misión, terminaron su tarea un tanto lucrativa para ellos, y con sus más y sus menos para las candidas palomas, que hicieron voto de arrepentimiento ante las dulces miradas de sus confesores carifiosos.

De Mondoñedo se fueron a Masma, una de las más fértiles aldeas de nuestra comarca, conocida (la aldea) hasta largas distancias, desde tiempo inmemorial, por su renombrada remanta. De Masma también ya se evaporaron; y por ahora nada sabemos acerca del fruto que habrán recogido en tan pintoresco paraje.

Lo que sí presumimos, y con algún fundamento, es que tiempo llegará, no tardando, en que podamos repetir aquel vulgar adagio:

«De aquellos polvos, son estos lodos.»

Porque había que ver cómo al terminarse los sermones, ya anochecido, se retiraban a sus casas, distantes algunas más de una legua, atravesando lugares solitarios y montañosos, las jóvenes aldeanitas y las melindrosas sífilas de Mondoñedo y Villanueva, que con aparente unión religiosa (en justicia) acudieron, solícitas y con puntualidad, a oír la santa palabra de los HERMOSOS FRAILES; abandonando, por supuesto, sus quehaceres, por pasar la juerguecilla de la misión. ¡Oheques contra la Gloria! (He oído a algunas niñas disputar acerca de cuál de los frailes era el más guapo.)

Hubo niña menor de veinte años (más de una), que faltó con groseras palabras a sus padres, que negaban el permiso para visitar a los otros padres.

También las hubo que ante uno de ellos, y bajo la capa del confesonario, se entregaron a inconsolable llanto. ¡Pobreceitas, si no habían pecado!... La verdad es que a alguna de ellas... ni el agua del Masma ni la del Jordán.

No faltaron gritos de dolor y desmayos. ¡Patatús les llamamos aquí.

Vida nueva, les aconsejarían los chupadinos. ¡Vida nueva! repetirían en alta voz ellas, y... vuelta a pecar. Y tienen razón: si se adquiere a costa de tan poca cosa, como es una confesión a gusto, el perdón, y queda borrada toda mancha (por más que no me conformo con que los pecados manchen), ¿por qué no se ha de proporcionar una satisfacción para el cuerpo y para el alma?

Y ande el movimiento. Así nos hacen vivir, y así vivimos en esta tierra de cleribárbaros: todos se ocupan de lo que nada les importa. Misiones, muchas misiones, sermones, confesiones y... medallitas. Y que el pueblo se anteque; que el progreso no prospere; que la libertad sea un mito; que el labrador no pueda con las cargas del fisco y emigre para países más libres en que se da valor al trabajo, y que la miseria cunda por todas partes. ¡Y qué! ¿No tenemos catedrales, iglesias, conventos, seminarios, etc. etc. con sus arcas repletas de oro?

Mas tiempos vendrán, eso sí, después de bien castigado, en que ese mismo pueblo que os hace coro y os sirve inconscientemente de comparsa, farsantes hipocritas, se dará cuenta de su situación, y hará que de lo que robáis a la sombra de gobiernos con los que vais en comandita, le rendáis detallada cuenta, arrancándoles el antifaz con que os disfrazáis para llevarlo al abismo.

Y... nada más por hoy.

Suyo

MAGALLANES

Liberales de M

Con el título de *Implacables*, publica nuestro querido colega *Progreso* estos renglones:

«Un pobre y honrado amigo nuestro que, por amor a la idea más que al humilde lucro, se dedicó en Calaceite a la venta del *Progreso* y otros periódicos radicales, tiene que abandonar su pueblo perseguido y acosado por el cura, por el sacristán, por los acólitos, por los maridos de las concubinas de toda esa canalla, implacable con cuanto significa progreso, libertad y justicia.

José Albasa, que así se nombra el desventurado, nos cuenta la triste historia de su infortunio deplorando no encontrar en su propio pueblo espíritus fuertes que le amparen o ayuden a sostener la lucha contra los clericales que le han sitiado por hambre.

Y, sin embargo, en Calaceite hay hombres que se titulan liberales...

Y el derecho de pernada se restablecerá sobre las mujeres. Y sobre los hombres.»

¡Y lo que sentirán que tarde mucho! Los segundos especialmente.

Milagro y castigo

Erase que se era la noche del 28 de Septiembre.

El mar rugía embravecido; el cielo mandaba agua y más agua a la tierra; Eolo soplabá con toda la fuerza de sus pulmones; el rayo rasgaba las densas nubes que cubrían el horizonte e iluminaba la tierra con resplandores bermejos y azules.

«De pronto», una exhalación cae en la iglesia de Nuestra Señora del Coll, sita en Horta, perfora un muro, atraviesa el templo y hace pedazos el altar de Nuestra Señora del Carmen y quema

su imagen, dejándola completamente carbonizada.

Cualquier descreído, poco experto en cuestiones de tejas arriba, vería en esto un argumento más en favor de las ideas racionalistas, pues a simple vista es difícil explicar cómo Dios desata sus iras sobre las imágenes; pero el párroco de Horta explica perfectamente lo sucedido.

Se trata de milagro y castigo: milagro, porque el rayo no mató a nadie (cosa rara no habiendo nadie en la iglesia), porque habiendo otros altares no quemó más que el de la Virgen del Carmen, y porque pudiendo echar la iglesia abajo, no la echó. Castigo, para los fieles, porque andan remisos en aflojar la mosca para hacer reparaciones en la iglesia y encargar pocas misas.

Y aunque parece que lo milagroso hubiera sido que el rayo, en vez de quemar la imagen de la Virgen, la hubiese revestido de oro y pedería y perjudicado a los fieles por su avaricia, pero nunca a la Virgen que ningún daño hacía, lo cierto es lo que ha dicho el párroco al interpretar los designios providenciales, cuya clave desconocemos.

Tan seguro está el hombre de esto, que ha dicho a los fieles de su parroquia, que si no desagraviar a Dios dando limosnas para la construcción de un nuevo altar y otras obras de madera y mampostería, caerán nuevos rayos sobre la iglesia, objeto en estos instantes de las preocupaciones de Dios.

Ahí me las den todas, exclamarán más de cuatro, poco amigos de soltar los cuartos; pero en el infierno pagarán su impiedad.

Mas aunque no sea por esto, ni por evitar los rayos, (esto es una filia) procuran tener contento al cura. Pedirá menos dinero estando alegre que incomodado. Pues aun cuando el cura es terrible siempre, nunca lo es tanto como cuando pide dinero.

Si no por fe, háganlo por vivir tranquilos.

En Viena han sido condenados a trabajos forzados y otras penas dos jueces y dos escribanos que a unos acusados les dieron tormento a fin de que declarasen en determinado sentido.

¡Y le llaman a Austria país civilizado! Que vengan aquí los austriacos y se convencerán de que está más civilizada España, donde para eso de aplicar tormento, es cada cárcel un Montjuich.

SECCIÓN AMENA

LA PROFESION

Brillante como ascua de oro estaba toda la iglesia del convento, que aquel día entraba una monja nueva. Rodeada de sus deudos apareció la profesora con blanco traje de raso y simbólica diadema. Era una rubia preciosa de unas veinte primaveras, de hermosos ojos azules, blanca, vaporesa, esbelta. Los presbiteros fijaron líbrica mirada en ella, y hasta el sacris conmovido dejó resbalar su vela.

—¡Feliz ella! murmuraba en un rincón una vieja, exama de cura, y ya en la escala de reserva, en tanto que otra en activo dijo torciendo la jeta:

—Esas son las que pervierten a nuestros señores, esas... Empezó la ceremonia; la música ratonera del órgano destemplado sonó en las naves aquellas, y cuando el acto dió fin y franquearon la reja las madres para el ingreso de su nueva compañera, fué el público, dejando la santa casa desierta, y los curas a quitarse los arcos de la fiesta.

En la sacristía, libres de miradas indiscretas, tuvieron su *gaudeamus*, que en caló se llama *juerga*. Al padre vicario todos dieron mil enhorabuena, mas uno que le trataba con excesiva franqueza, al oído, y parodiando cierta popular zarzuela:

—¡Dicaronazo!—le dijo,— ¡Qué buena chica te llevas!

Cosas Literarias y Artísticas

ESCUELA DE PERIODISTAS

Con motivo de la reciente inauguración en París de una escuela de periodistas, *Le Gaulois* ha pedido a varios escritores franceses su opinión acerca de la naturaleza y condiciones del periodismo moderno.

Decía Balzac que «el periodista es un pensamiento en marcha, como el soldado en la guerra.» La idea es exacta, pero vaga. Así lo reconocen los publicistas consultados por *Le Gaulois*, quienes desarrollan y analizan aquella afirmación añadiendo ingeniosas observaciones.

Según *Emile Bergeret*, el periodista es el escritor moderno, tal como lo exige la democracia. Todos los grandes literatos de este siglo han sido ó se han hecho periodistas, porque el libro es el sueño y el periódico la realidad.

Para *Adolphe Brisson* el periodista es lo mejor y lo peor del mundo; hace el bien y el mal; esparce la verdad ó el error. Es digno de envidia porque tiene el placer de decir en alta voz su pensamiento; pero también es digno de compasión porque consume, en una labor efímera, más energía y más talento que los que necesitaría para crear una obra duradera.

«Nuestra profesión—añade,—exige cualidades é implica defectos que corresponden propiamente

a la juventud. Si la sociedad estuviera bien organizada, los periodistas no ejercerían su oficio más que hasta los cincuenta años. Después de esta edad, descausaría, se harían frailes ó escribirían tragedias. Pero sería preciso asegurar a un refugio, y en esto no parece que piensen los directores de periódicos.»

Por último, *M. Brisson* dice, con fina ironía, que debiera «admirarse al programa de la escuela de periodistas un curso de *indulgencia filosófica*».

Jules Claretie, que no olvida las injurias que por su campaña como corresponsal de *Le Temps* en Rennes le dirigieron los diarios anti-dreyfusistas, ni los arañazos que le han propinado como director de la Comedia Francesa, ha enviado a *Le Gaulois* la siguiente intencionada contestación:

«El periodista debía saberlo todo. Debe, en todos los casos, procurar aprenderlo. Debe, sobre todo cuando combate una idea, renunciar a las injurias, que son los *bulas dum-dum* de la polémica.»

Tener una idea cada día, como pelis Girardin, es terrible; es más sencillo tener una idea durante toda la vida: la de ser justo.»

En opinión de *Ch. Formentin*, la profesión de periodista no se puede enseñar en cátedra, ni se aprende a redactar un artículo como se aprende a torrear una bola de billar. Ni Rochefort, ni Drumont, ni Henry Fouquier han tenido profesores. Se hace periodista, como se hace poeta. Los más hábiles profesores del mundo no sabrían dar lo que no se posee: el espíritu perspicaz, el don de asimilación rápida, la apariencia de saber todas las cosas, cuando apenas se sabe la mitad ó menos.

Pierre Giffard cree que al periodista le basta con saber un poco de todo. Puede tener opiniones extremas y costumbres pílgoras. Si posee la ciencia infusa, tanto mejor para él; si bate el record de la erudición, le será más fácil su carrera. Pero, aparte de estas cosas, debe tener un don indispensable para ser periodista perfecto, tan indispensable como los dedos de la mano. Este don es el tacto.

Henry des Houx dice que los dominios del periodismo contemporáneo son más extensos que el saber de la Mirandola. Un periodista, ya que no lo sepa todo, debe al menos poseer, como la mujer honrada del tiempo de Molière, vislumbres de todo.

Mas estos conocimientos generales son el menor de sus méritos. Necesita dominar el asunto, percibir la sistesis de un sólo golpe de vista, hacer resaltar los puntos luminosos, dejando en la penumbra los detalles, y condensar, en los estrechos límites de un artículo, la sustancia de un tratado.

No basta esto. El artículo mejor pensado es imperfecto, si le falta el alma, la vida, la pasión, la emoción contagiosa, el acento de alegría, de cólera ó de dolor; es decir, la elocuencia.

Preguntaron en cierta ocasión a Louis Veuillot qué habría sido Bismarck si hubiera vivido en nuestro tiempo, y contestó: «Periodista».

Sin embargo, un orador de génio puede ser un periodista mediocre, y de ello hay ejemplos. El periodismo es un arte inaccesible a los profanos, fácil a los elegidos. En los tiempos que corren hay muchos que escriben, pero pocos periodistas. De la escuela dirigida por eminentes maestros, saldrán, sin duda, profesionales hábiles, pero en ella no se formará un solo periodista, porque el arte de éste es de vocación y de instinto. La gran escuela es la naturaleza, que regala sus dones a quien le place.

Leon Kerst se presenta a sí mismo como ejemplo para probar la anterior opinión. R. fiere que estudió la carrera de abogado, y cuando lo se le presentaba brillante porvenir, abandonó para hacerse periodista, porque a ello le inclinaba su vocación.

Ab uno, disce omnes—añade—Creo que soy periodista; pero tengo absoluta seguridad de que si lo soy es porque no he aprendido a serlo.

El notable escritor y autor dramático *Henry Lavedan* se limita a copiar unos párrafos de Balzac, comentándolos con ironía:

«No me gusta el periodismo—decía el gran novelista—hasta diría que lo execro; es una fuerza ciega, sorda, perversa, indómita, sin moralidad, sin tradición, sin objeto; es como los carnívoros que matan por la noche para comer a la mañana siguiente con lo que han matado.»

Pero, en fin, inclinémonos ante él; es una fuerza; es la fuerza del siglo. Esta fuerza lleva a todo; conduce a todos los puntos de la circunferencia; es la única que tiene hoy la potencia enorme de destruirlo todo y la de reemplazar lo que echó por tierra.»

El mismo autor de *La Comedia humana* contestaba a un director de teatro que le aconsejaba que no suprimiese los billetes de la prensa:

«Sabed que he roto hace tiempo, y para siempre, con los periodistas. Hay entre nosotros una guerra de salvajes. Ellos quieren destruirme a la manera de los Mohicanos y yo quiero beber en su cráneo al modo de los Moscovitas.»

Alfred Mézières es de parecer que el periodista modelo será el que reúna estas tres condiciones: la rapidez, la abundancia y la seguridad de la información.

Raymond Poincaré está conforme con Balzac en que el periodista es un pensamiento en marcha; pero puede ser ora un pensamiento noble, ora un pensamiento sutil, ya una locura, ya una mentira, bien una calumnia, bien una tontería.

Por último, *Octave Uzanne* opina que el periodista debía ser al mismo tiempo un Pitágoras, un Hipócrates, un Aristófanes, un Dante y un Voltaire.

Su misión es la de sembrar la semilla, distribuir el pensamiento, como pan cotidiano, a millares de inteligencias, creando la opinión, que es algo así como la atmósfera moral.

Debe ser un educador, con la dignidad de su apostolado, y conservando siempre la moderación, sin prodigar nunca la injuria, ocupándose más en las obras y en los actos, que en los hombres que las realizan, procurando dulcificar y apaciguar las discusiones políticas, sociales y literarias.

El estilo del periodista debe ser conciso y elegante, para que convenza y seduzca a la vez.

Con todas estas condiciones, la misión del periodista sería la más alta de las misiones humanas.»

Pan trocado en piedra

En los terrenos que ocupó la casa llamada del Consulado, en la calle de San Francisco, en Cádiz, se ha colocado la primera piedra del nuevo edificio que se construirá para co-

legio de las Religiosas esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

Asistieron el obispo, la Superiora y cinco gaudulas de la orden, canónigos, curas, arquitectos, abastecedores, señoras, y cuarenta educandas de rechupete, que fueron presentadas al obispo. (No sé lo que pensaría en aquel momento el del anillo, pero sí lo que yo hubiera pensado. ¡Ay!)

Celebráronse la mar de mogigangas, se rezó no sé qué, y se acabó por un lunch que partía los corazones.

¿Y después? Se retiró cada cuervo a su olivo riéndose de la imbecilidad humana, en tanto que se entraban en su cuadra respectiva los animales que habían concurrido al acto.

Y los pobres de Cádiz ¿qué hicieron entre tanto? Bendicir al Dios justo que no llueve fuego del cielo contra los que les escamotean el pan que podía llegar a su boca, si no se convirtiese en piedras para albergar sablucistas de toca ó cerquillo.

CACIQUES Y BANDIDOS

El periódico *La Bomba* de Málaga se ha propuesto desenmascarar a la pillería que en la capital andaluza atropella, roba y veja a las gentes honradas, y como es consiguiente, sale a percarne por número.

Hace poco llevaron a la cárcel a su director, don Norberto González, y dentro de ella quiso asesinarlo un bandido que estaba dentro en digna representación de los de fuera.

Y el día 6 del actual fué llevado con engaño, así como el propietario del periódico, don Manuel Diego Herrero, a una casa de la calle Tomás Heredia, de que es propietario el diputado provincial don Eduardo Martos, a pretexto de que allí les informarían de una historia inmorla.

Al entrar en la casa, el dueño, Manuel Suárez, echó la llave a la puerta, y José García, que los había llevado, les dijo:

«Habéis venido aquí engañados; a ser víctimas; y os lo digo porque no lo habéis de contar. Se acabó *La Bomba* y las campañas contra los Martos y el canónigo. (Este canónigo es un tal Morales, cacique máximo y cínico de Romero Robledo, y que viene siendo desde hace años el amo de Málaga, y el protector de toda la gente que debería estar en presidio.) A. Núñez (el que escribió en *La Bomba* lo referente a las agencias) le voy a cortar los... y vosotros vais a morir.»

La escena que siguió a estas palabras no es para describirla, dicen los agredidos.

«Nosotros, indefensos, rechazamos providencialmente las agresiones del Suárez y del García, hasta que el director de *La Bomba* pudo abrir la puerta y salir a la calle en demanda de socorro. Siguió don Norberto González, y los asesinos huyeron.

Las heridas causadas a nuestros amigos y apreciadas por el médico de la Casa de socorro de la calle del Cerroj, fueron:

Una herida contusa como de siete centímetros en la región frontal, lado derecho, ofreciendo el borde superior limpio y el inferior con los tegidos contusos, de pronóstico reservado; una erosión en la región inferior e interna del antebrazo derecho, y otra contusión en la región occipital, lado derecho. Estas 6 lomas, leves, salvo accidente, fueron curadas a don Norberto González.

A don Manuel Diego Herrero, actual director de *La Bomba*, una herida contusa como de seis centímetros en la región parietal derecha, de pronóstico reservado.»

A cualquiera que se le relate el hecho sin citar la nación en que ha ocurrido, de seguro que exclamará: «ha sido en Marruecos»; y más si se le añade, que a los tres días no se habían dado aún las órdenes para proceder a la captura de los asesinos.

Por esto tiene mucha razón *La Bomba* al decir a los cuatro días de haberse intentado asesinar a su director y a su propietario:

«Antiguamente los ladrones descendían de las montañas a los poblados, robaban ó asesinaban y se volvían a su guarida con el producto de la rapina.

Hoy prescinden de esas molestias. Se establecen en las poblaciones, nombran testaferrros para mis enseñorearse y pagan asesinos tan cobardes como ellos para consumar crímenes horribles que sonrojirían a los antiguos bandidos de Sierra Morena, pues aquellos daban la cara a sus víctimas.

Pero no es esto sólo; los facinerosos de la Sierra, huirán con el botín; los de las poblaciones, continúan en ellas insultando con su presencia al pueblo que roban y matan, impunemente.

A este le toca demostrar si hemos degenerado hasta el punto de someterse todo un pueblo a la cinia y criminal voluntad de cuatro bandidos.»

Todo eso está muy bien dicho, mas pareceme que el pueblo de Málaga no ha de contestar. Viene sometido desde hace tantos años a ese canónigo Morales con resignación tan cristiana, que no hay que confiar en sus arranques.

Me alegraré equivocarme, así como de la mejoría de los agredidos.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores a *El Motin*.

CRISTO EN EL VATICANO, por Víctor Hugo. LOS REYES CON MOTIV, por «El Motin». Con liminas. LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, ó LA VERDAD EN EL VATICANO, ISCRITO DEL OBISPO STROSSMAYER.

JURIA LA PAZ, por Julio Fernández Mateo. LA MUJER Y LA IGLESIA, por id.

MONJA SECRETA, ó INSTRUCCIONES RESERVADAS DE LOS JESUITAS. LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por JO PESSIERO.

¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? DISCURSO PRONUNCIADO POR UN OBRERO EN EL CÍRCULO «LA PAZ» DE LIEJA.

CARTAS DE TAYLIERAND al obispo de Clermont y al abate MURY.

CARTA DE TAYLIERAND al Papa Pío VII.

MADRID.—IMPRENTA, PALMA, 55, DUPLICADO

Biblioteca de "El Motin."

El dolor universal

POR

Sebastián Faure

ende, é indica á las lenguas venenosas y á las plumas agresivas la manera de atacar sin riesgo la reputación de un enemigo. Invita á los ciudadanos, en nombre del interés general, á denunciar á los que cometen actos penados por el Código. Por la voz de sus magistrados, cubre de elogios públicos á los delatores que van á testificar ante el tribunal, convirtiéndolo así en una nación de espías una raza de origen caballeresco, y por medio tal, á los dos gendarmes de que he hablado, en millones de capataces de presidio.

El individuo no necesita corazón, ni juicio, ni sentido común; para apreciar un acto no consulta ni á la razón, ni á la justicia; pregunta al Código. Un voluminoso infolio es su conciencia. Halla moral que un agiotista gane cincuenta millones en una jugada de Bolsa que arruina mil familias, pero se indigna contra el descamisado que roba 250 gramos de pan á un panadero; se pasma ante un industrial que acumula rápidamente una riqueza haciendo trabajar á mil obreros doce horas al día por dos francos sesenta céntimos, pero trueno solemnemente contra aquéllos si amenazan declararse en huelga para obtener un pequeño aumento de jornal; aplaude á rabiar al ministro que restablece el orden mandando ametrallar mil personas, pero pierde el color durante cuarenta y ocho horas si un periódico le dice que han intentado vengarse de un bandido coronado ó de un explotador; sonríe complaciente ante las calaveradas del joven burgués que ha seducido á una linda obrera, pero se llena de virtuoso desprecio para aquella muchacha perdida.

Este tipo, que abunda, no siente nada, no quiere nada, no piensa nada, no comprende nada, no desea nada, no aspira á nada; no conoce más que una cosa: la Ley. Lo que ella prohíbe es el mal, lo que no prohíbe es bueno, lo que ordena es sublime. Y yo os digo que este ser ya no es un hombre, es un

Código ambulante, durmiente, parlante, que come, que bebe, que orina.

D.—MÉTODO DE MORALIZACIÓN SOCIAL

Pregúntase uno cómo puede el individuo llegar á grado tal de abdicación; por medio de qué gimnasia particular llega á desarticularse tan por completo que no conserva ya ninguna forma humana; por qué serie de atracciones sucesivas le es posible, no razonar ya con juicio, no sentir con sus nervios, no amar con su corazón. Esto es lo que voy á intentar analizar.

Explicase sin grandes esfuerzos que, al par que proclamaban la legitimidad del amor á sí mismo y buscan el placer en conformidad con la Naturaleza, los que persisten en su manía de reglamentación á todo trance, por una de esas perfidias cuyo secreto poseen y que recuerda sus procedimientos políticos y económicos, se hayan dedicado á desviar, contrariar y restringir el amor á sí mismo y al bienestar que hubiera tenido por efecto empujar á los desheredados al asalto del capital y á los ciudadanos á la abolición ó la conquista del poder; pero también se comprende la impotencia de la ley sola ante tan formidable faena.

Sabida es la inutilidad de la represión, y el legislador moralista no tiene más que una confianza muy relativa en la eficacia de los medios de que dispone. Conoce el vigor formidable de las pasiones y deseos, pero no ignora que por un método practicado sabiamente, ese poder puede disminuirse gradualmente, ó ser aniquilado por completo, y posee el secreto de los resortes que hay que tocar para atenuar progresivamente la frecuencia y la energía de las sublevaciones de la carne y del espíritu. Ha encontrado y desarrollado hábilmente en el medio social agentes que le facilitan á maravilla la misión que se ha dado: vencer las supremas resistencias de la Naturaleza, debilitar sus apetitos, prevenir sus rebeliones, enfrenar sus pasiones, para, por fin, hacer del individuo un ser despojado de toda independencia, de toda voluntad personal.

Dichos agentes son numerosos; sólo citare cuatro, que considero los más importantes: la religión, la familia, la educación, la opinión pública.

1.ª LA RELIGIÓN

Pre disposición de la infancia á la tendencia religiosa.—Primeras impresiones; su tenacidad.—Comprensión de la carne y del espíritu.—Resignación y ductilidad á los insensibles designios de la Providencia.

Estas cuantas consideraciones relativas á la influencia religiosa en la familia educativa, no constituyen un estudio acerca de la familia, la religión, la educación y la opinión

en esposas castas del Señor, juran solemnemente dejar dormir por siempre en su cuerpo la fecundidad de que la naturaleza les ha dotado á la mujer para las cosechas maternales.

Y unos y otras, vistiendo un traje que testifica los compromisos contraídos, arrancan de su corazón los sentimientos que los ligaban á la tierra, cubren sus cuerpos de cilicios, martirizan sus carnes con las correas de las disciplinas é imponen á sus estómagos frecuentes y prolongados ayunos. (1)

Pero no basta con que al corazón del cristiano se vede todo afecto puramente terrestre; no es suficiente que la carne sea domada; es necesario también, y sobre todo, que su inteligencia se guarde muy bien de contrastar, de discutir, de examinar, de comparar. Es preciso que se rodee su pensamiento de altos muros que no traspase; es fuerza que sus ojos se velen ante todo lo que no sea el cielo, que sus oídos se cierren á todas las voces que no emanen de Dios; es preciso que prosperidades é infortunios se acepten como venidos de la Providencia con sentimiento de gratitud igual, siendo bendiciones y pruebas el testimonio de paternal solicitud de la divinidad; fuerza es, en fin, que la injusticia humana lo encuentre siempre resignado y sumiso, pues que todas las cosas vienen de lo alto y nadie puede conocer los misteriosos designios de Dios respecto á sus humildes criaturas.

2.ª LA FAMILIA

Lo que es la familia jurídica.—Venezalidad matrimonial.—Los matrimonios de conveniencia y de inclinación.—La vida común mata la pasión.—Exclusividad, celo é hipocresía en el matrimonio.—Sufrimiento de los hijos; su dependencia absoluta.—Deberes, responsabilidades, cargas y sujeciones en la familia.

Tiene el individuo sed de afecto; el aislamiento le contraría. El ser más frío en apariencia, que parece indiferente á todo lo que no es él mismo, experimenta la necesidad de adherirse, de amar. En medio de las aglomeraciones humanas más compactas, cada cual, á causa del antagonismo de los intereses en juego, se siente como sumido en soledad penosa é irresistiblemente inclinado á agruparse. A este impulso, nacido sin duda de una tendencia natural á la sociabilidad y constantemente desarrollada á través de las generaciones, viene á juntarse esa necesidad instintiva de aproximación sexual que asegura la reproducción de la especie. No creo equivocarme al atribuir á estas dos circunstancias los primeros grupos de familias.

Estas, organizaciones minúsculas en el seno de la organización general, han pasado por todas las fases, á través de la última, y la familia de hoy reproduce en pequeño, infinitamente

(1) En Francia, ciento treinta mil personas de los dos sexos están obligadas al celibato por la vida religiosa. Dr. Lagneau, *Remarques démographiques sur le célibat en France*.

todo, no son más que manifestaciones especiales de esta individualidad mudable? (1). No puede haber, por el contrario, un sentimiento más versátil que el amor; y si es verdad que nos domina durante largos años, no es menos cierto que su objeto varía con frecuencia.

La naturaleza no sabría plegarse á las rígidas exigencias de un contrato de larga duración. La novedad, atractiva siempre, nos seduce con el desconocido lleno de seductoras promesas. Se ama toda la vida, el tiempo blanquea la cabeza, se aclaran los cabellos, se arruga la cara y el corazón permanece joven; no lo niego; pero no se ama á los treinta con la poesía y los lirismos entusiastas de los veinte años; no se ama á los cincuenta con el ímpetu apasionado de los treinta y cinco. La flor divina del amor perfuma toda nuestra existencia, no cabe duda; pero no son los rayos de las mismas pupilas las que la abren y es muy raro que sean los dedos queridos de la misma encantadora los que la cojan cada vez que brota. Nada mata el amor más seguramente que el matrimonio. La certeza de la posesión por una parte, y por otra la obligación de la vida común, lo envenenan muy pronto.

El deseo no se alimenta más que de la variedad y la pasión sólo vive del deseo. Pero el matrimonio es para el deseo algo como una condena á muerte; lo despoja de su monotona todo. Las palpitaciones del corazón en las primeras citas son reemplazadas para la mujer casada por el temor de dejar quemar el asado y para el marido por el temor de llegar tarde y el fastidio de dejar á los amigos del café ó de otro sitio.

Entre esposas las conversaciones recaen faltas de encanto sobre los criados, los negocios, el cuarto, los niños, las compras, las cuentas que hay que pagar, lo que hay que hacer. La mujer, como si ya no necesitase agradar, se desdibuja y pierde en su casa esa sal y pimienta de la coquetería natural que tan bien sienta á los encantos femeninos; el marido, no teniendo ya que ocultar sus cuidados, no disimula su mal humor, y de no-vio galante y atento se convierte en marido brusco y huraño; y si por la tarde el señor se acuerda aún alguna vez de los juramentos de amor que en otro tiempo salían á borbotones de sus labios tiernos, ardientes, sedientos de besos, recita sin fevor su plegaria, á la que se une la señora como mujer que tiene el deber de prestarse á lo que de ella puede exigirse. La indiferencia primero, la saciedad después, el disgusto, en fin, se desliza en sus frases, besos, caricias y abrazos, á las mismas horas y en el mismo escenario.

Los actores del matrimonio lo advierten, y sintiendo cada

(1) Véase cómo define Lamartine el corazón humano: un instrumento que no tiene el mismo número ni la misma clase de cuerdas en todos los pechos y en el que pueden hallarse eternamente nuevas cuerdas que añadir á la gama infinta de sentimientos y cánticos de la creación.

pública desde el punto de vista general. Tienen por único objeto mostrar cómo se conciertan estas fuerzas distintas para obrar é influir sobre el ser moral, comprimirlo, reducirlo, ponerlo y retenerlo en servidumbre, cosas todas que, teniendo por resultado tiritar al sin tregua, le privan de la verdadera felicidad, que consiste, como se ha visto en el capítulo primero, en la facultad, en todo individuo, de satisfacer libremente todas las necesidades: físicas, intelectuales, morales.

Por un desconocimiento de los más sencillos fenómenos, por su turbulenta curiosidad, por su amor á lo maravilloso, el niño recuerda las primeras razas; el mismo asombro tímido y temerario á la vez ante el espectáculo de las transformaciones incesantes de la Naturaleza; la misma necesidad de saber, de comprender, de penetrar el secreto del cuando, del por qué, del cómo; la misma tendencia, ante lo inexplicable, de hacer intervenir un actor sobrenatural.

Así esa flor en capullo está admirablemente dispuesta á recoger el rocío de los dogmas religiosos. No se ha dejado de advertir que es tan fácil atraer las inteligencias infantiles á las ilusiones de la fe, como costoso conquistar inteligencias cultivadas ó imaginaciones positivas, y con arte infinito es como el cristianismo en nuestro país ha sabido aprovechar esta observación juiciosa.

Con la figura interesante del niño Jesús, la sumisión llena de confianza de Dios aprendiz, la activa y escasa asiduidad al trabajo del hombre-Dios, el infatigable apostolado del Cristo y de sus apóstoles elegidos entre los plebeyos más oscuros; con la sorprendente epopeya de los milagros sembrados en su camino, enfermos curados, impedidos recobrando su vigor, muertos vueltos á la vida, la pesca milagrosa, la multiplicación de los peces, el andar sobre el Océano tempestuoso; con la sencillez de sus parábolas y la impresión atractiva de su lenguaje simbólico; con las peripecias conmovedoras de ese drama interesante que termina en el Gólgota tras un juicio infame, torturas sin nombre y humillaciones infames; con la grandiosa imagen del Hijo de Dios, Dios él mismo, saliendo de la tumba y subiendo al cielo para sentarse á la diestra del Padre; con la cruz imponente ligando la tierra con el cielo y extendiendo los brazos como para reunir los habitantes de toda la tierra á los pies del divino crucificado; con sus llamamientos conmovedores á los humildes y los pequeños, sus fulgurantes amenazas contra los fariseos, los poderosos y los ricos, en fin, con su espantosa pesadilla del infierno eterno reservado á los malos y su radiante visión de una eterna y paradisíaca beatitud reservada á los justos, la leyenda del Nazareno y la doctrina bíblica están bien hechas para captarse los cerebros débiles, las imaginaciones poéticas, las voluntades flojas.

pequeño, la sociedad entera. La filosofía encuentra en ésta los rasgos distintivos de aquella y ve como la fotografía en miniatura del medio social y de las instituciones que de él se derivan. Es el mismo falso individualismo estendiéndose en la pequeña asociación de intereses que constituyen el padre, la madre y los hijos; es la misma avidez de lucro, el mismo cuidado de encerrar en los límites del yo familiar, convertido en una especie de patria chica, las afecciones, los arranques de generosidad y los esfuerzos de todos los miembros del grupo; es la idea del gobierno-provisional encarnándose en la persona del jefe de familia y confiriéndole derechos ilimitados casi; es el contrato de matrimonio reflejando el contrato social completo y estipulando los deberes, los derechos de los cónyuges y sus herederos; es ese espíritu de familia estrecho y mezquino, especie de solidaridad exigua que recuerda el espíritu de cuerpo ó el patriotismo de camaradería; es, en el seno mismo de la familia, las envidias, las rivalidades, los odios, los dramas que deshonran y ensangrientan la historia humana; tan cierto es que las mismas causas producen siempre los mismos efectos y que la misma organización da los mismos resultados.

Para los más, la familia es como una especie de arca de Noé en que la blanca paloma de nuestras ternuras y nuestras felicidades encuentra donde dar reposo á sus alas inculcadas; y cuando anuncio que nuestra institución de la familia, lejos de ser arca protectora destinada á recibir todo lo que escape el diluvio universal, contribuye, por el contrario, á precipitar el naufragio definitivo de todas nuestras alegrías, no ignoro que se me va á acusar de detractor sistemático.

Sin embargo, no hay nada de eso. La familia, por común acuerdo colocada por encima de las controversias de los partidos políticos y de las sectas religiosas, se aparece á la multitud como una cosa santa que el respeto debe sustraer á todo examen y á toda crítica; así no es discutida nunca; mas por poco que el lector quiera sustraerse un momento á esa especie de fascinación inconsciente, por poco que consienta en cerrar momentáneamente su corazón á la sugestión de un sentimentalismo irreflexivo; por poco que abdique de sus prejuicios en la materia—y espero que será capaz de tal esfuerzo—quiere creer que vive en ese rodaje fatal que no nos suelta un minuto desde la cuna al sepulcro, la causa de muchos males, de muchos sufrimientos.

Porque la familia no es la reunión voluntaria y siempre transitoria de seres que agrupa la simpatía y cuyos corazones se han elegido espontáneamente; es una asociación obligatoria y perpetua hija de azares ciegos del nacimiento y de las combinaciones del interés.

cual que ya no ama, comienza á pensar que podría también ser ya menos amado. Nacen las desconfianzas, toman parte los celos, reprimando los menores retrasos, las salidas más cortas, los actos más insignificantes, las palabras más anodinas, las bromas más inocentes, las relaciones más naturales; porque el marido, no sólo ha jurado amar á la misma mujer, sino que ha renunciado al derecho de desear las otras que su matrimonio ha sumido en una especie de vudez, puesto que ha muerto para ellas; la mujer, no sólo ha prometido darselo siempre al mismo hombre, ha adquirido también el compromiso de negarse á los demás para los que no deben existir sus encantos. La vida común se convierte en una perpetua mentira, en una hipocresía sin fin; es preciso rivalizar en astucia y arteria para engañarse mutuamente, reír cuando el corazón está angustiado, parecer triste cuando la esperanza de una cita próxima hace resonar en el oído músicas alegres, y aparentar ante la gente frialdad para el ser amado y avivar la ternura hacia el indiferente.

Sienten entonces los desgraciados todo el peso de las cadenas que se han echado encima. (1) Comprenden que la vida dichosa ha concluido para ellos, que la salvación sería separarse; pero mil lazos los atan uno á otro: el interés, los parientes, las consideraciones, los hijos. ¡Los hijos sobre todo!

Y, sin embargo, también éstos sufren por la familia. En la edad de la turbulencia, de los locos aturdimientos, de los caprichos y las niñadas, véase obligados á someterse á una especie de disciplina que varía según las tradiciones de familia, el carácter de los padres, el estado de fortuna y otras mil circunstancias, que no dejan de ocasionar en esa pequeña sociedad grandes decepciones y grandes pesares.

A los doce años métese al niño en el colegio ó de aprendiz, según haya nacido rico ó pobre. Colocado en una u otra parte, sin que se tengan en cuenta sus gustos, sus aptitudes, ni aun sus fuerzas, ha de someterse á un reglamento de escuela ó de taller; es preciso que adquiere hábitos de sumisión y regularidad que hieran sus instintos invencibles de libertad; es necesario que durante largas horas permanezca inmóvil ante un mostrador ó una máquina, él, cuyos miembros tienen sed de locomoción.

No teniendo, no pudiendo tener nada suyo, no disponiendo de sus propias facultades sino como las place á aquellos de quienes depende, lanzado á la sociedad sin otros recursos que los que saca de su familia, el adolescente está á merced de sus padres, á quienes debe, al par del más profundo respeto, la más ciega obediencia.

(1) «Si la monogamia hace á una persona esclava de otra, es la más monstruosa de las iniquidades.» Julio Thomas *Principes de philosophie morale*.

Mas es preciso expiar los primeros balbuceos del niño, tomar su manita, guiar sus primeros pasos y recoger los primeros destellos de su razón vacilante. «Cierra los ojos, niño querido, un ángel guardián velará por ti. Mañana cuando te despiertes te sonreirá el niño Jesús.» Así habla la joven madre, que se acuerda, confusamente á veces, de las recomendaciones que oía en su cuna, y se cree obligada á transmitir las al querubín que dió á luz.

Crece el niño y la alegría ó el llanto de Jesús y del ángel de la Guarda forman parte del bagaje que las madres arrastran consigo al mismo tiempo que los bombones y las azotinas que prometen ó distribuyen para castigar ó premiar.

Vienen luego los rezos, el catecismo, las ceremonias en el templo; después la primera comunión—el día más hermoso de la vida, según los padres cristianos—y en todos los acontecimientos que marcan la existencia, nacimiento, matrimonio, ó muerte, la Iglesia interviene para bautizar, unir ó enterrar. Así, lo primero que el niño aprende á recitar es una oración; demasiado jóvenes para comprender, el muchachuelo y la chiquilla se habituán á la función casi mecánica de creer; el pequeño ser se satura progresivamente de religiosidad; todo desarrollo intelectual ó físico corresponde con una penetración más profunda de la fe; en todo momento decisivo entra en la Iglesia, y los cantos sagrados, la música imponente del órgano, el perfume del incienso, el aspecto majestuoso de las bóvedas ogivas, el deslumbrante altar donde brillan con profusión los cirios, la sombra discreta que combate débilmente la luz del día filtrándose á través de las artísticas vidrieras, esas ceremonias que en cada época marcada de la vida y de la existencia de los que le rodean, impresionan su corazón emocionado, su turbado espíritu, y lo llevan á los pies del Creador de los mundos, acabando por envolver sus ideas y sus sentimientos en un velo místico, que por más esfuerzos que haga le será imposible desgarrar en adelante. Lleva y guarda en su pensamiento el recuerdo de las músicas suaves, de los celestiales perfumes, de las cabezas inclinadas bajo la mano que bendice del ministro de Dios, de las turbas arrodilladas y abismadas en el Altísimo, de las emociones vagas, indefinibles, y no obstante, profundamente conmovedoras, de visiones radiantes imposibles de olvidar. Las más de las veces esas primeras impresiones dejan profundas huellas que no se borran completamente jamás; y si la bulliciosa impetuosidad de la juventud, y el poder fugaz de las pasiones de la virilidad parecen que borran, en ocasiones, sus vestigios, reaparecen casi siempre en la edad madura; son tales impresiones como esos surcos trazados en un campo que desaparecen bajo las aguas de una lluvia torrencial, y que pasado el chubasco parecen aún más hondos.

En nuestras civilizaciones monogámicas, la familia está constituida por un hombre, una mujer y los hijos nacidos de su unión; y en nuestra época tiene por prefacio (1) indispensable el matrimonio.

¿Es éste la consecuencia de atracciones recíprocas que han echado á dos seres uno en brazos del otro? ¿Es la de un movimiento espontáneo nacido de la misteriosa ley de atracción de los sexos entre sí, atracción y movimiento que, sacando de la posesión elementos nuevos de pasión y deseo, trajeron primero una serie de relaciones, después una unión estable, permanente y libremente consentida?

Todo el mundo sabe que el matrimonio no es, en la mayor parte de los casos, más que una asociación de intereses en que el amor no tiene la menor parte. Con frecuencia el matrimonio se proyecta y á veces se decide en principio antes de que los futuros esposos se hayan encontrado una sola vez. No se ha consultado á los interesados, pero estando de acuerdo en situación de fortuna, conveniencias sociales y prejuicios mudados, siempre se estará á tiempo de obtener ó de arrancar, en caso necesario, el consentimiento de los futuros cónyuges.

El libertino que ha dejado en las zarzas del camino el vellón de sus ternuras; el mujeriego gastado, viejo antes de tiempo, se casa para lograr un fin, para acomodarse; ¿quién sabe para qué?, acaso también con la excitante esperanza de hallar de nuevo alguna emoción dormida, algún estímulo voluptuoso en el cándido abandono, la turbada curiosidad y el pismo encantador de una virgen de diecisiete años que él iniciará en la vibración delirante de los sentidos. Otros, muchos, toman mujer joven ó vieja, fea ó bonita, inteligente ó tonta, pura ó viciada, para con su dote comprar un bufete, un destino, una botica, hacerse industriales ó comerciantes, ejercer la medicina ó la elocuencia.

La joven soltera, cuidadosamente alejada de todo lo que pudiera instruirle de las exigencias que trae en sí la intimidad conyugal, no ve, por lo común, en el matrimonio más que un medio de mojar los labios golosos en la copa del amor, y en el marido sólo un adorador perpetuo, lleno de atenciones, un súbdito de quien será la soberana y cuya única ocupación consistirá en sufrir sus caprichos y se adelantará á sus deseos. Si

(1) No me refiero aquí más que á las familias constituidas en conformidad con la ley, no sólo porque son más numerosas que las irregulares, si que también porque en un estudio sociológico no puedo considerar una institución sine qua non la forma que reviste social y legalmente. No obstante, me importa hacer notar que, en mi sentir, resultan los mismos inconvenientes en las uniones ilegales. Estas no son en definitiva más que matrimonios verdaderos á los que falta la sanción civil y religiosa; porque la cohabitación, la comunidad de intereses, los hábitos arraigados y sobre todo el nacimiento de los hijos, por los deberes y las responsabilidades que impone al padre y la madre, crean á la larga, entre éstos, lazos morales tan fuertes como las cadenas forjadas por la ley ó la Iglesia.

Sistema tal de autoridad que le coloca en dependencia absoluta, produce muchos y desastrosos resultados. Sólo citaré dos: primero, que acostumbrándose el adolescente á seguir sin examen el camino que se le traza, á hacer, sin discutirlo, lo que se le manda, á emplear sus aptitudes en el sentido que lo se indica, á desarrollar sus facultades del modo que se le ordena, pierde por completo la iniciativa á la vez que la voluntad. No sabe ni pensar ni querer, ni lo necesita pensando y queriendo por él su familia. Cuando tenga que guiarse él mismo, que tomar una resolución y ejecutarla, será completamente incapaz de ello; al faltarle su punto de apoyo, será juguete del primer intrigante que se presente y permanecerá siempre en la imposibilidad de conducirse rectamente.

El segundo resultado de tal sistema de educación de familia, es el poner fatalmente al niño en la pendiente de la hipocresía. Véase cómo: obligado á menudo á hacer lo que le disgusta, á renunciar á lo que le conviene, el niño consagra una parte de sus facultades imaginativas á buscar el medio de combatir el obstáculo y gasta lo mejor de su energía en vencerlo; su ingenio se esfuerza en despistar la vigilancia paternal é maternal; se esfuerza su mente para apartar sus intenciones y sus actos de la atención de sus padres. Lo consigue casi siempre en más ó en menos, pues no se castra nunca por completo á la naturaleza; pero como no puede pensar y obrar á la luz del día, véase obligado á ocultarse y adquiere insensiblemente la costumbre repugnante de la mentira, del engaño; sintiéndose obligado á mentir y á ser hipócrita, no halla reproche alguno en su conciencia, ni protesta pingüna, y concluye por mirar como la cosa más natural el disimulo, puesto que le es necesario.

Un día la adolescencia cede el puesto á la juventud. Es la edad en que florecen los amores. Los padres no se acostumbran á que crezcan sus hijos, ó mejor dicho, el crecimiento físico y desarrollo moral se efectúan a sus ojos sin que lo noten, digámoslo así. Para ellos, la muchacha de dieciocho años juega aún á las muñecas y casi se sorprenden de no verla ya con sus falditas cortas; el mozo de veinte años sigue siendo el rapaz alborotador, atrevido y cándido que juega al marro y hay que vigilar sus imprudencias.

No obstante, el pájaro está impaciente por ensayar sus alas; tiene prisa de desplegarlas en esos espacios inmensos que se abren ante él y que aspira á recorrer con ávida curiosidad. Comienza á encontrar muy estrecha la jaula de la familia; se hierne con los alambres que lo detienen cautivo, malicia su prisión, y si no fuera por el respeto y el afecto que le inspiran sus carceleros, los maldeciría también.

(Continuad.)

es pobre, pero inteligente, bonita y distinguida, se le dará á entender que sus prendas bien valen un dote y que no teniendo dote debe guardarse de conceder tantos encantos... y lo demás, á esos jóvenes hermosos, inteligentes, pero pobres como ella, hacia los que le llevan sus aspiraciones; que siendo el matrimonio el acto más importante de la vida, no lleva en sí pasión y mimos; y poco á poco se le hará ver como un contrato apercaminado en que las cláusulas son todo y la forma muy poco ó nada.

En los casamientos de obreros hace el notario menor papel, porque los dos esposos no suelen aportar nada; pero el móvil de la unión es idéntico en el fondo; el obrero que tiene un buen oficio y la obrera que gana buen jornal son casi los únicos á quienes les es dado elegir; los otros se aparean como pueden. Podría reforzarse esta verdad diciendo que, hasta tratándose de un matrimonio por carifón, no hay una muchacha que consintiera en casarse si no tuviese de antemano la seguridad de que su marido satisfará sus necesidades.

Así de diez veces nueve, el matrimonio no es, propiamente hablando, más que una forma especial y respetada de la prostitución (1), pues que en lugar de darse sin consideraciones, sin cálculos, sin doble idea, siguiendo el impulso natural de afinidades instintivas, cada uno de los cónyuges compara lo que vende con lo que compra, y no consiente en dar sino á condición de recibir.

Verdad es que, aunque fuera la simple legislación de un idiota comenzado y seguido en virtud del amor únicamente, no tendría el matrimonio menos infastas consecuencias.

Que sea por conveniencia ó por inclinación, más tarde ó más temprano, siguen desilusiones llenas de amargura, pesares acerbos. Los matrimonios de conveniencia constituyen una verdadera locura locura unida á una inmoralidad patente, y los mismos matrimonios por amor no son menos locos y culpables, pues éstos como aquéllos consagran compromisos insensatos, en contradicción absoluta con nuestra naturaleza mutable, inconstante, caprichosa.

No se puede responder del corazón como no se puede responder de la salud. Nuestro yo se transforma sin cesar; nunca somos idénticos á nosotros mismos; cada año, cada día, cada minuto, lleva á nuestra individualidad imperceptibles pero reales modificaciones, y no estaría fuera de razón garantizar seriamente la fiereza de nuestros sentimientos, que, después de

(1) Toda alianza de hombre y mujer por una situación material ó otras ventajas, es prostitución; poco importa que esta alianza se haga con el concurso de un empleado del Estado civil, de un sacerdote ó sólo de una acomodadora de teatro. Max Nordau, *Méritos convencionales*.